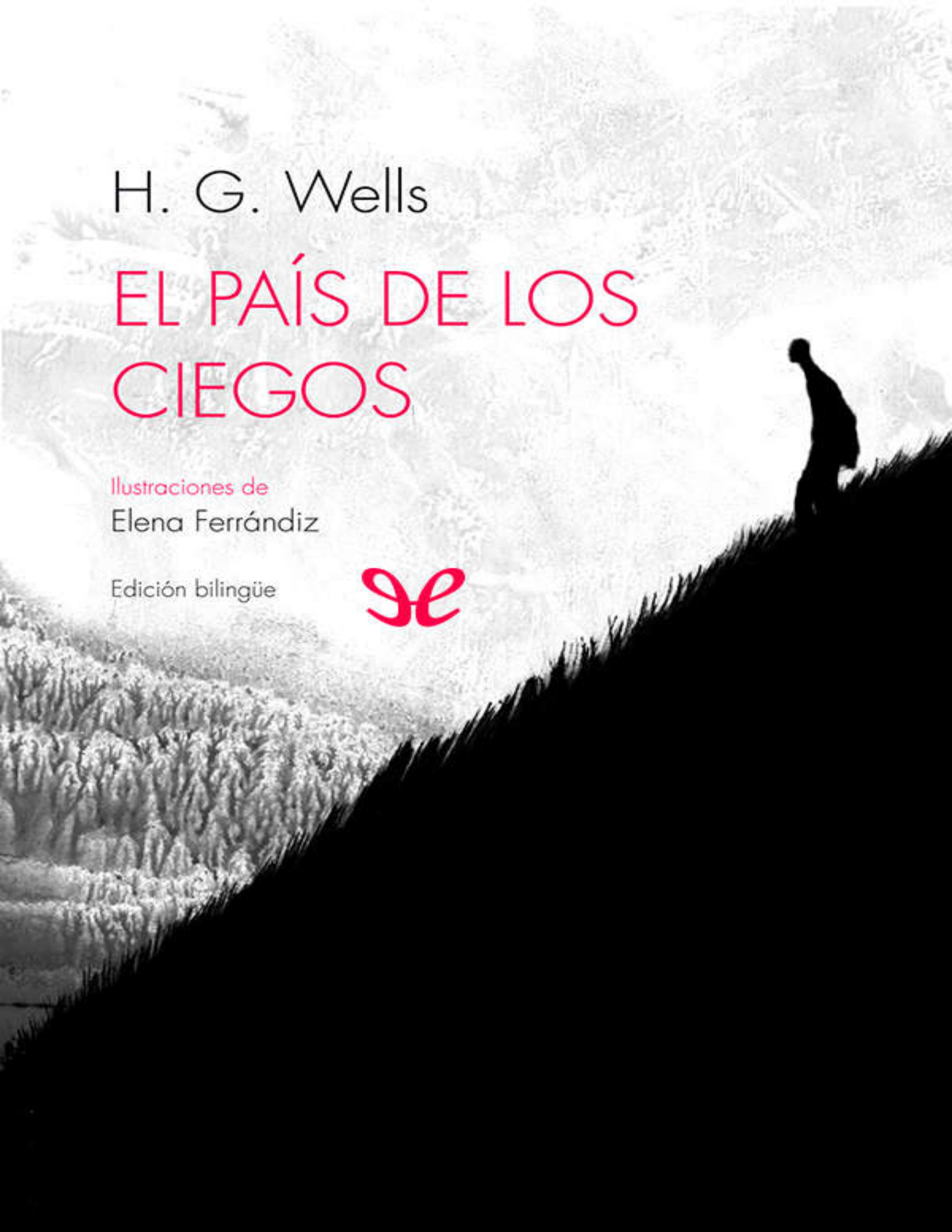
H. G. Wells

EL PAÍS DE LOS CIEGOS

Ilustraciones de
Elena Ferrándiz

Edición bilingüe



Un montañero llamado Núñez, en su intento por coronar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, resbala y cae por una ladera nevada. Al incorporarse comprueba aturdido que se encuentra en un valle aislado del resto del mundo por profundos precipicios, el País de los Ciegos. Los ancestros de sus habitantes huyeron de la represión española y una extraña enfermedad se propagó entre ellos, provocando que todos sus descendientes nacieran ciegos. Núñez cree que será fácil dominarlos, ya que según el refrán «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey»… Publicado en 1904 en *The Strand Magazine*, este relato es uno de los textos más brillantes sobre la ceguera como metáfora. Aborda temas como el conocimiento humano y la sociedad, y muestra de qué manera la comunidad somete al diferente a sus creencias, eliminándolo por ser distinto.

H. G. Wells

El País de los ciegos (Ilustrado-bilingüe)

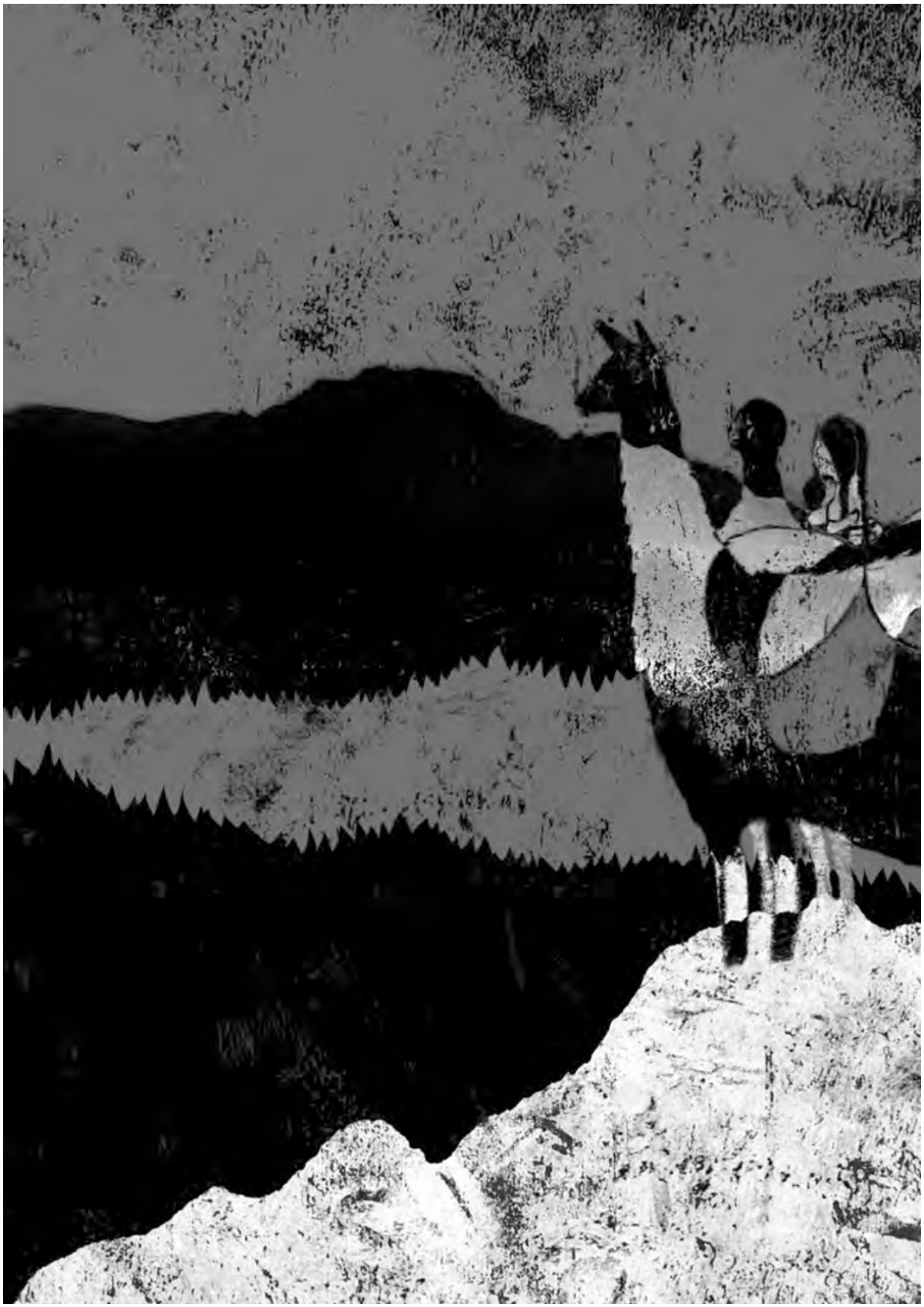
ePub r1.2
Titivillus 03.08.16

Título original: *The Country of the Blind*
H. G. Wells, 1904
Traducción: Íñigo Jáuregui
Ilustraciones: Elena Ferrándiz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El país de los ciegos

A quinientos kilómetros o más de Chimborazo, a ciento sesenta de las nieves de Cotopaxi, en las más agrestes latitudes de los Andes ecuatorianos, se halla un misterioso valle aislado del mundo de los hombres, el País de los Ciegos. Hace muchos años el valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían acceder finalmente a sus lisas praderas a través de temibles desfiladeros y pasos helados; y, de hecho, a él llegaron unos hombres, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la lujuria y la tiranía de cierto gobernador español. Luego se produjo la formidable erupción del Mindobamba, cuando se hizo de noche en Quito durante diecisiete días y el agua hirvió en Yaguachi y los peces flotaron muertos hasta en el lejano Guayaquil; a lo largo de todas las pendientes del Pacífico se produjeron desprendimientos de tierra, rápidos deshielos y bruscas inundaciones, y una cara entera de la cresta del viejo Arauca se desgajó y cayó con gran estrépito, aislando para siempre el País de los Ciegos de las pisadas exploradoras de los hombres. Pero uno de aquellos primeros colonos se hallaba casualmente en el lado de los desfiladeros donde el mundo se había agitado tan terriblemente, y se vio forzado a olvidar a su mujer y a su hijo y a todos los amigos y posesiones que había dejado allí y a empezar una nueva vida en el mundo de abajo. La empezó, pero al cabo de un tiempo enfermó. Le sobrevino una ceguera repentina y murió de los castigos recibidos en las minas. Pero la historia que contó engendró una leyenda que pervive en las cordilleras de los Andes hasta la actualidad.



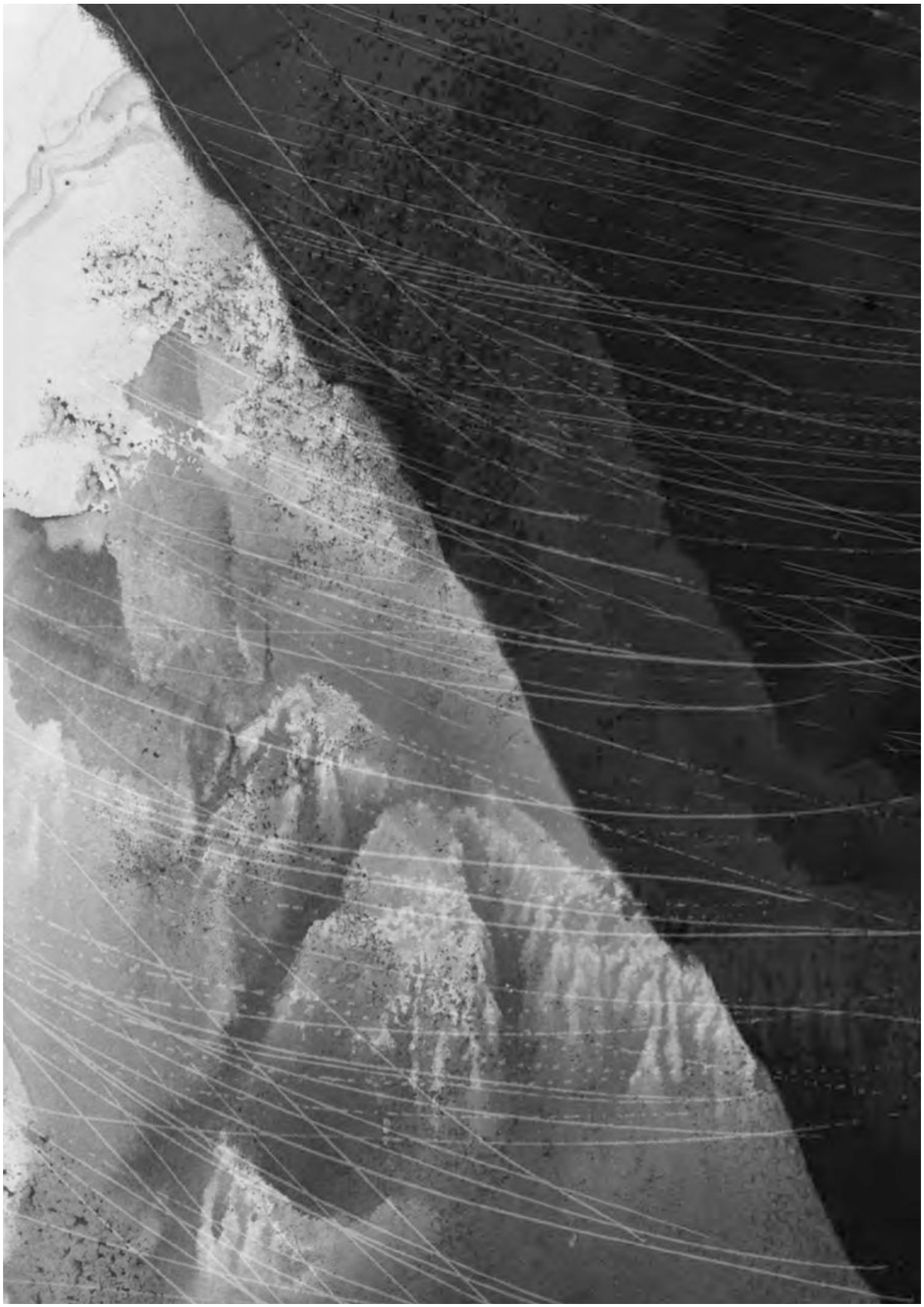
Contó el motivo que le llevó a arriesgarse a volver del refugio al que había llegado por primera vez amarrado a una llama, junto con un cargamento de bártulos, cuando era niño. El valle, decía, contenía todo cuanto el corazón humano podía desear: agua dulce, pasto, clima suave, laderas de tierra fértil y marañas de arbustos que rendían un fruto excelente, y a un costado grandes pinos colgantes que contenían las avalanchas en lo alto. Lejos, muy arriba, acantilados de hielo coronaban enormes precipicios de roca gris verdosa por tres lados. Pero el riachuelo del glaciar no llegaba hasta ellos, sino que corría por las laderas más alejadas, y sólo de vez en cuando enormes masas de hielo caían del lado del valle. En éste ni llovía ni nevaba, pero los abundantes manantiales proporcionaban un pasto fértil cuya irrigación se extendía por todo el valle. Los colonos hicieron un buen trabajo, prosperaron. Sus animales se adaptaron bien y se multiplicaron, y sólo una cosa empañaba su felicidad, aunque la empañaba enormemente. Una extraña enfermedad había caído sobre ellos, dejando ciegos a todos los niños nacidos allí e incluso a algunos de más edad. En busca de algún encanto o antídoto contra esta plaga de ceguera, él había vuelto a bajar el desfiladero. En aquel tiempo, y en casos así, los hombres no pensaban en gérmenes e infecciones, sino en pecados; y a él le pareció que la causa de su aflicción debía de residir en la negligencia de aquellos inmigrantes sin sacerdotes para construir un santuario nada más entrar en el valle. Él quería que se erigiese allí un santuario bonito, barato y eficaz; quería reliquias y poderosos fetiches, objetos sagrados, medallas misteriosas y oraciones. En su morral llevaba un lingote de plata pura del que evitaba dar explicaciones; insistía en que no había más plata en el valle con la porfía de un mentiroso inexperto. Todos habían contribuido con su dinero y sus adornos, dijo, para comprar el remedio sagrado contra su mal, pues de poco les servía aquel tesoro allí arriba. Me imagino a este joven montañero de ojos nublados, quemado por el sol, inquieto y demacrado, estrujando febrilmente el ala de su sombrero; un hombre nada acostumbrado a las maneras del mundo inferior, contando su historia a algún atento sacerdote de mirada penetrante antes de la gran convulsión. Me lo puedo imaginar ahora mismo tratando de

regresar con remedios piadosos e infalibles contra aquel trastorno, y la consternación con que debió de enfrentarse al derrumbado desfiladero del que una vez salió. Pero el resto de su infortunada historia se me escapa, salvo su horrible muerte al cabo de varios años. ¡Pobre criatura apartada de las lejanías! El riachuelo que en otro tiempo formara el desfiladero ahora brotaba de la boca de una cueva rocosa, y la leyenda engendrada por su humilde y mal contada historia, transformada en la leyenda de una raza de hombres ciegos que vivía en algún lugar «allá arriba», aún puede escucharse hoy en día.

La enfermedad siguió su curso entre la pequeña población de aquel valle ahora aislado y olvidado. Los viejos se volvieron medio ciegos y andaban a tientas, los jóvenes veían sólo borrosamente, y sus hijos nunca vieron nada. Pero la vida era muy fácil en aquella cuenca bordeada de nieve y apartada del mundo, sin zarzas ni espinos, sin insectos malignos ni más animales que la mansa estirpe de llamas que habían arrastrado, empujado y criado en los lechos de los menguados ríos en las gargantas de las que habían bajado. Los videntes se habían vuelto ciegos tan gradualmente que apenas notaron la pérdida. Guiaban a los jóvenes ciegos de un lado a otro hasta saberse el valle a la perfección y, cuando finalmente perdieron la vista, la raza sobrevivió. Incluso tuvieron tiempo de adaptarse a controlar el fuego sin verlo, lo que hacían cuidadosamente en hornos de piedra. Al principio eran gentes sencillas, incultas, tocadas sólo ligeramente por la civilización española pero con algo de la tradición artística del antiguo Perú y de su filosofía perdida. Se fueron sucediendo las generaciones. Olvidaron muchas cosas; inventaron otras muchas. La tradición del gran mundo del que provenían adquirió un tinte mítico e incierto. En todo excepto en la vista eran fuertes y capaces, y pronto las probabilidades genéticas y hereditarias hicieron nacer entre ellos a uno con una mente original y capaz de hablar y convencer a los demás, y luego a otro. Ambos murieron dejando su impronta, y la pequeña comunidad creció en número y conocimiento, y afrontó y resolvió los problemas sociales y económicos que se planteaban. Se fueron sucediendo las generaciones. Llegó un día en que nació un niño separado por quince generaciones del antepasado que marchó del valle con un lingote de plata en busca de la ayuda divina y que nunca regresó. En

tales parajes, un hombre llegó por azar a aquella comunidad desde el mundo exterior. Y ésta es la historia de ese hombre.

Era un montañero de la región cercana a Quito, un hombre que había bajado hasta el mar y visto el mundo, un lector singular de libros, un hombre agudo y emprendedor, contratado por una partida de ingleses que había viajado a Ecuador para escalar montañas en sustitución de uno de sus tres guías suizos que había caído enfermo. Escaló aquí y allá y entonces llegó el intento de coronar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, en el que se perdió para el mundo exterior. La historia del accidente se ha escrito una docena de veces. Pointer lo ha narrado mejor que nadie. Cuenta que la pequeña expedición ascendió trabajosamente por la ruta difícil y casi vertical hasta el pie mismo del último y más grande precipicio, que construyeron un refugio nocturno en medio de la nieve sobre un pequeño saliente rocoso y, con un toque de auténtico dramatismo, que al rato descubrieron que habían perdido a Núñez. Gritaron y no obtuvieron respuesta; gritaron y silbaron, y ya no pudieron dormir durante el resto de la noche.



Cuando amaneció vieron las huellas de su caída. Parecía imposible que no hubiera hecho ningún ruido. Había resbalado al este, hacia la cara desconocida de la montaña; más abajo se había golpeado con una empinada pendiente nevada, y descendió por ella como pudo en medio de una avalancha de nieve. Su rastro llevaba directamente al borde de un terrible precipicio, y más allá todo estaba oculto. Mucho más abajo y borrosos por la distancia pudieron ver árboles que surgían de un valle angosto y cerrado: el perdido País de los Ciegos. Pero ellos no sabían que se trataba del País de los Ciegos, ni lo distinguían en nada de cualquier otra franja de valle de altiplano. Consternados por esta desgracia, desistieron de su intento por la tarde, y Pointer fue llamado a filas antes de que pudiera hacer otra tentativa. Hoy el Parascotopetl se sigue alzando como un pico infranqueable, y el refugio de Pointer se desmenuza ignorado entre las nieves.

Pero el hombre que había caído sobrevivió.

Cayó treinta metros hasta el final de la pendiente y aterrizó envuelto en una nube de nieve sobre una falda aún más escarpada que la superior. Allí abajo estaba él, mareado, confuso y aturdido, pero sin un hueso roto en su cuerpo; y entonces llegó por fin a cuestas más suaves, y se estiró y permaneció inmóvil, enterrado en un mullido montón de masas blancas que lo habían acompañado y salvado. Volvió en sí con la vaga sensación de hallarse enfermo en la cama; luego comprendió su situación con la inteligencia de un montañero, se liberó como pudo y, tras un descanso, se abrió camino hasta divisar las estrellas. Reposó un rato tumbado boca abajo, preguntándose dónde estaba y qué le había ocurrido. Examinó sus miembros y vio que le faltaban varios botones y que tenía el abrigo vuelto del revés sobre su cabeza. El cuchillo se le había caído del bolsillo y había perdido el sombrero, pese a habérselo atado bajo la barbilla. Recordó que había estado buscando piedras sueltas para levantar su parte del refugio. Su piqueta había desaparecido.

Decidió que debía de haber caído, y miró a lo alto para ver, exagerado por la luz espectral de la luna creciente, el tremendo vuelo que había dado. Permaneció un rato tumbado, mirando sin comprender aquel enorme y pálido acantilado que sobresalía por encima, surgiendo por momentos de una sosegada marea de tinieblas. Su belleza misteriosa y fantasmal lo embelesó un rato, y luego se apoderó de él un paroxismo de risas mezcladas con sollozos…

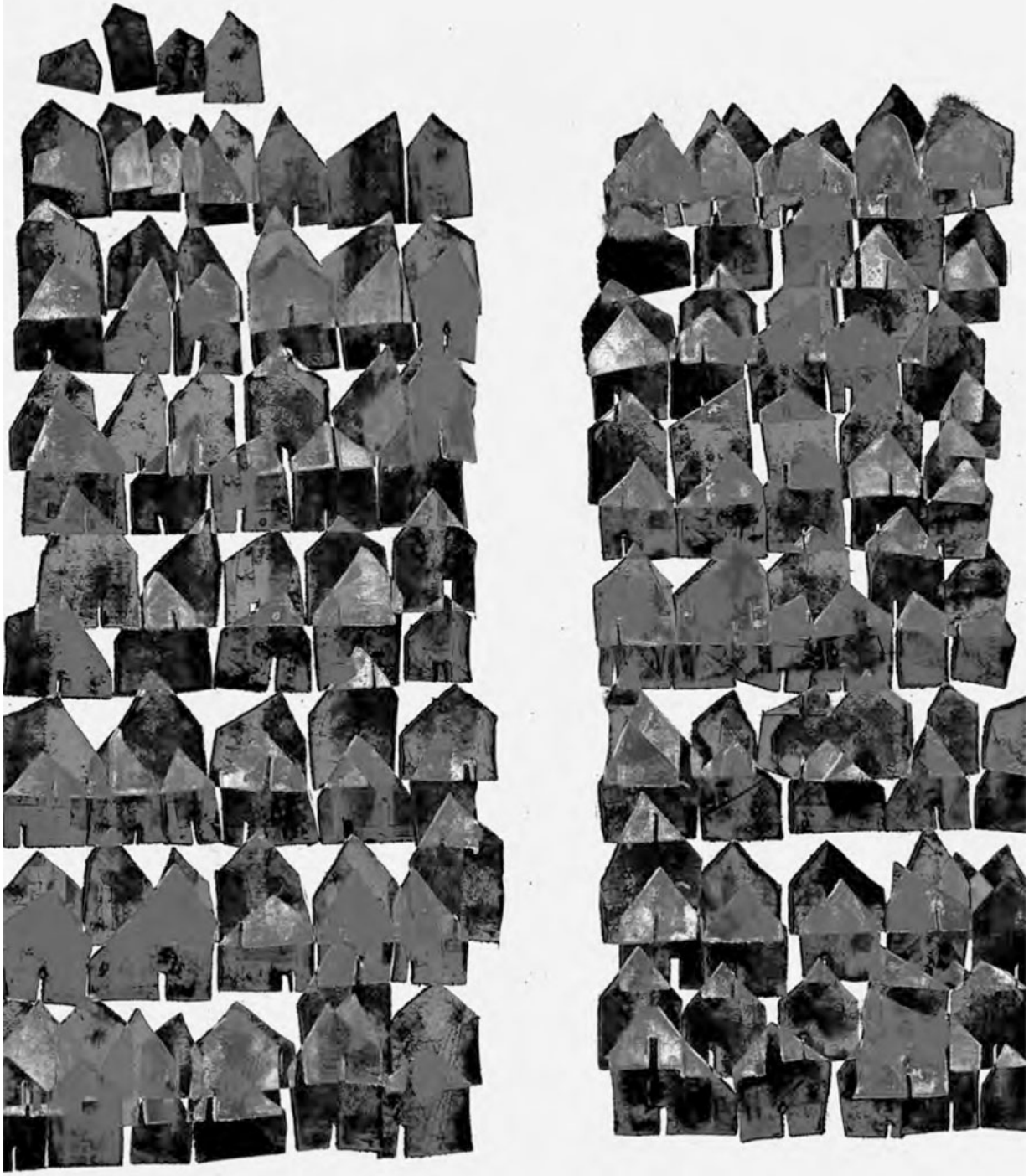
Al cabo de un buen rato comprendió que se hallaba cerca del borde inferior de la nieve. Por debajo de lo que ahora era una pendiente practicable e iluminada por la luna vio la oscura y rota apariencia de un césped cubierto de rocas. Se puso en pie con dificultad, doloridos todos sus miembros y articulaciones, bajó trabajosamente del montón de nieve suelta que lo rodeaba, descendió hasta alcanzar el césped y allí, más que recostarse, se dejó caer junto a una peña, apuró el frasco que guardaba en el bolsillo interior y se durmió al instante…

Lo despertó el canto de pájaros en los árboles de abajo.

Se sentó y advirtió que se hallaba en un pequeño macizo al pie de un vasto precipicio, surcado por el barranco por el que había descendido cubierto de nieve. Frente a él, otro muro de roca se erguía contra el cielo. El desfiladero entre estos precipicios se extendía a este y oeste y estaba bañado por la luz del sol, que iluminaba hacia poniente la masa de montaña derrumbada que obstruía la garganta descendente. A sus pies parecía haber un precipicio igual de pronunciado, pero detrás de la nieve, en el barranco, descubrió una especie de grieta en forma de chimenea que rezumaba agua de nieve y por la que un hombre desesperado podía aventurarse a bajar. Le resultó más fácil de lo que parecía, y acabó llegando a otro macizo desolado, y luego, tras trepar por la roca sin especial dificultad, a una empinada ladera de árboles. Fijó su posición y volvió el rostro a lo alto de la garganta, pues vio que se abría sobre verdes prados, entre los que ahora alcanzaba a ver con bastante claridad un grupo de cabañas de piedra de forma desconocida. A veces su avance parecía un intento de trepar por la cara de una pared, y al cabo de un rato el sol de la mañana dejó de alumbrar la garganta, las voces de los pájaros se extinguieron, y el aire se volvió frío y oscuro a su alrededor. Pero eso sólo hizo que el lejano valle con sus casas pareciera más brillante. Pronto llegó al talud, y entre las rocas distinguió —pues era un hombre observador— un helecho desconocido que parecía aferrarse al exterior de las grietas con manos de un verde intenso. Cogió una o dos frondas, mordisqueó su tallo y pensó que podía serle útil.

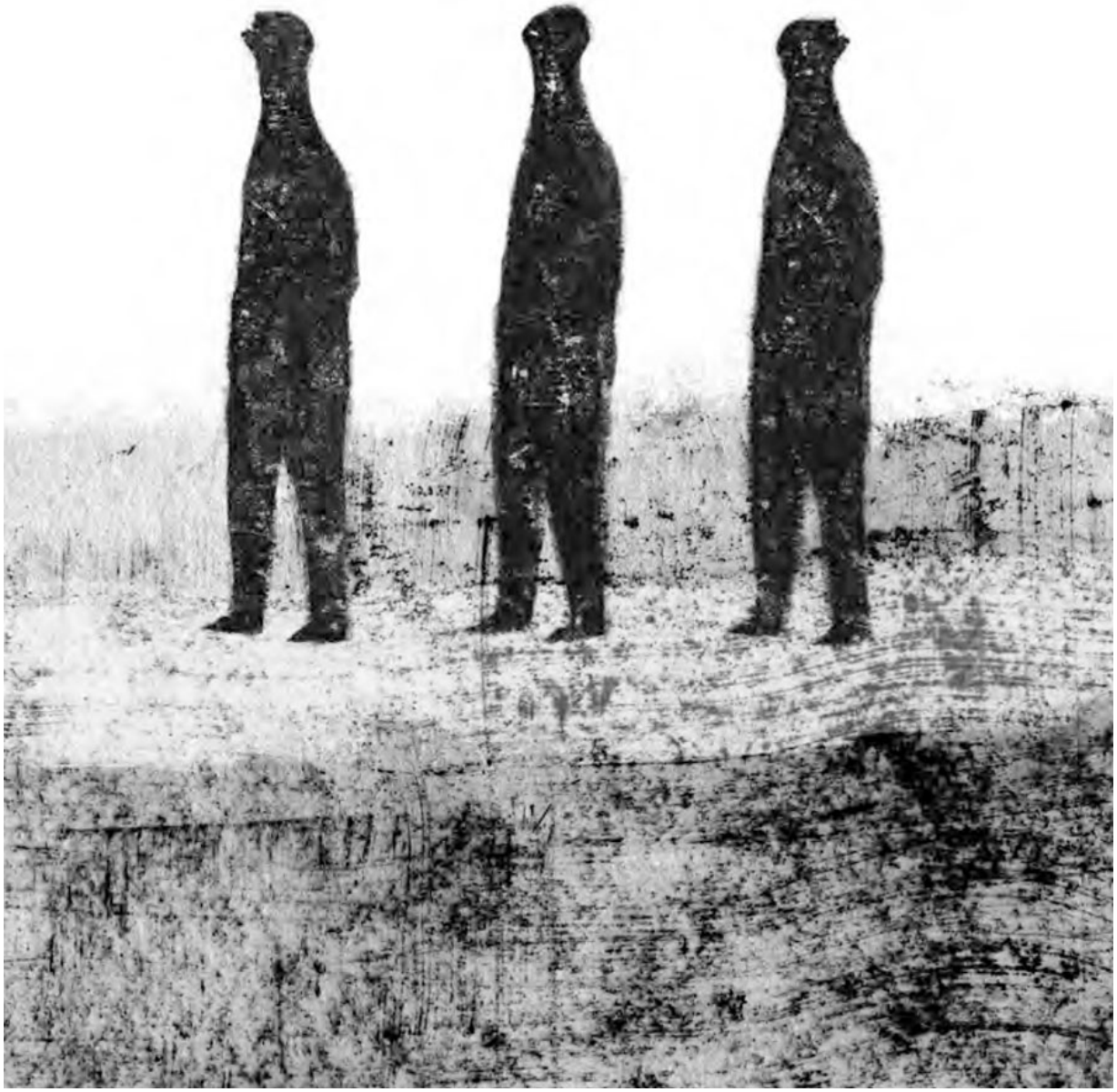
Hacia el mediodía salió por fin de la garganta del desfiladero al llano iluminado por el sol. Estaba entumecido y cansado; se sentó a la sombra de una roca, llenó su cantimplora del agua de un manantial, la bebió de un trago y se quedó un rato descansando antes de dirigirse a las casas.

Le parecieron muy extrañas y, de hecho, la apariencia general de aquel valle se iba volviendo más rara y singular cuanto más lo contemplaba. La mayor parte de su superficie consistía en un exuberante prado verde, sembrado de un sinfín de hermosas flores, regado con esmero y con muestras evidentes de ser cultivado sistemáticamente palmo a palmo. En lo alto y rodeando el valle había un muro y lo que parecía ser un canal de agua circular, del que provenían los hilitos de agua que alimentaban las plantas del prado, cercado a ambos lados por un muro elevado. Esto daba un carácter singularmente urbano a aquel lugar cerrado, realzado en gran medida por el hecho de que un gran número de senderos pavimentados con piedras blancas y negras, cada uno de ellos con un curioso bordillo a los lados, discurría de un lado a otro de forma ordenada. Las casas del centro de la aldea no se asemejaban a la improvisada e irregular aglomeración de los pueblos de montaña que él conocía; se alzaban en una fila continua a ambos lados de la calle principal con asombrosa limpieza; aquí y allá una puerta atravesaba sus fachadas multicolores, y ni una sola ventana rompía su frontal uniforme. Estaban coloreadas con extraordinaria irregularidad, embadurnadas con una especie de yeso que a veces era gris, a veces mate, y otras de color pizarra o marrón oscuro; y fue la visión de este enlucido delirante lo que primero suscitó la palabra «ciego» en la mente del explorador. «El buen hombre que hizo aquello», pensó, «debía de estar más ciego que un topo».



Bajó por un lugar escarpado, y así llegó al muro y al canal que rodeaban el valle, cerca de donde éste último vertía su excedente en las profundidades de la garganta en una fina y temblorosa cascada. Ahora podía ver un grupo de hombres y mujeres que descansaban sobre pilas de hierba, como si estuvieran durmiendo la siesta, al otro lado del prado, y más cerca de la aldea varios niños tumbados, y más cerca todavía tres hombres que cargaban baldes sobre yugos por un caminito que iba del muro circundante hacia las casas. Éstos últimos vestían prendas de tela de llama, botas y cinturones de cuero, y gorras de paño con cogoteras y orejeras. Iban en fila india, caminando despacio y bostezando al andar, como si hubieran pasado la noche en vela. Había algo tan tranquilizadoramente próspero y respetable en su aspecto que, tras un momento de duda, Núñez se adelantó tan visiblemente como pudo en su roca y lanzó un poderoso grito que resonó por todo el valle.

Los tres hombres se detuvieron y movieron sus cabezas como si mirasen a su alrededor. Núñez gesticuló ostensiblemente. Pero ellos no parecieron verlo pese a todos sus gestos, y al cabo de un rato, mientras se dirigían a las lejanas montañas de la derecha, gritaron a su vez en respuesta. Núñez volvió a gritar, y luego una vez más, y mientras gesticulaba inútilmente, la palabra «ciegos» fue lo primero que le vino a la mente. «Los pobres deben de estar ciegos», se dijo.



Cuando por fin, tras mucho gritar y enfurecerse, Núñez cruzó el arroyo por un pequeño puente, atravesó una puerta en el muro y se acercó a ellos, tuvo la certeza de que estaban ciegos. Tuvo la certeza de que aquel era el País de los Ciegos del que hablaba la leyenda. La convicción había brotado en su alma, y la sensación de una gran y envidiable aventura. Los tres se quedaron uno junto a otro, sin mirarlo pero con las orejas apuntando hacia él, examinándolo por sus pasos extraños. Permanecieron juntos, como un poco asustados, y pudo ver sus párpados cerrados y hundidos, como si el globo ocular se hubiera encogido hasta desaparecer. Había una expresión casi de temor reverencial en sus rostros.

—Un hombre —dijo uno en un español apenas reconocible—. Es un hombre, hombre o espíritu, que baja de las rocas.

Pero Núñez avanzaba con el paso confiado del joven que irrumpe en la vida. Todas las viejas historias del valle perdido y del País de los Ciegos habían vuelto a cruzar por su mente, y entre estos pensamientos se repetía este viejo proverbio, como un refrán: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey», «En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

Les saludó muy cortésmente. Les habló y se sirvió de sus ojos.

—¿De dónde viene, hermano Pedro? —preguntó uno.

—De las rocas.

—Vengo de las montañas —dijo Núñez—, de la región que está más allá, donde los hombres pueden ver. Cerca de Bogotá, donde hay cientos de miles de personas y la ciudad se extiende hasta perderse de vista.

—¿Vista? —murmuró Pedro—. ¿Vista?

—Viene de las rocas —dijo el segundo ciego.

Núñez vio que el paño de sus abrigos estaba confeccionado de forma extraña, cada uno con un tipo de puntada diferente.

Le sobresaltaron con un movimiento simultáneo hacia él, los tres con la mano alargada. Retrocedió ante el avance de esos dedos extendidos.

—Ven aquí —dijo el tercer ciego, siguiendo sus movimientos y agarrándolo limpiamente.

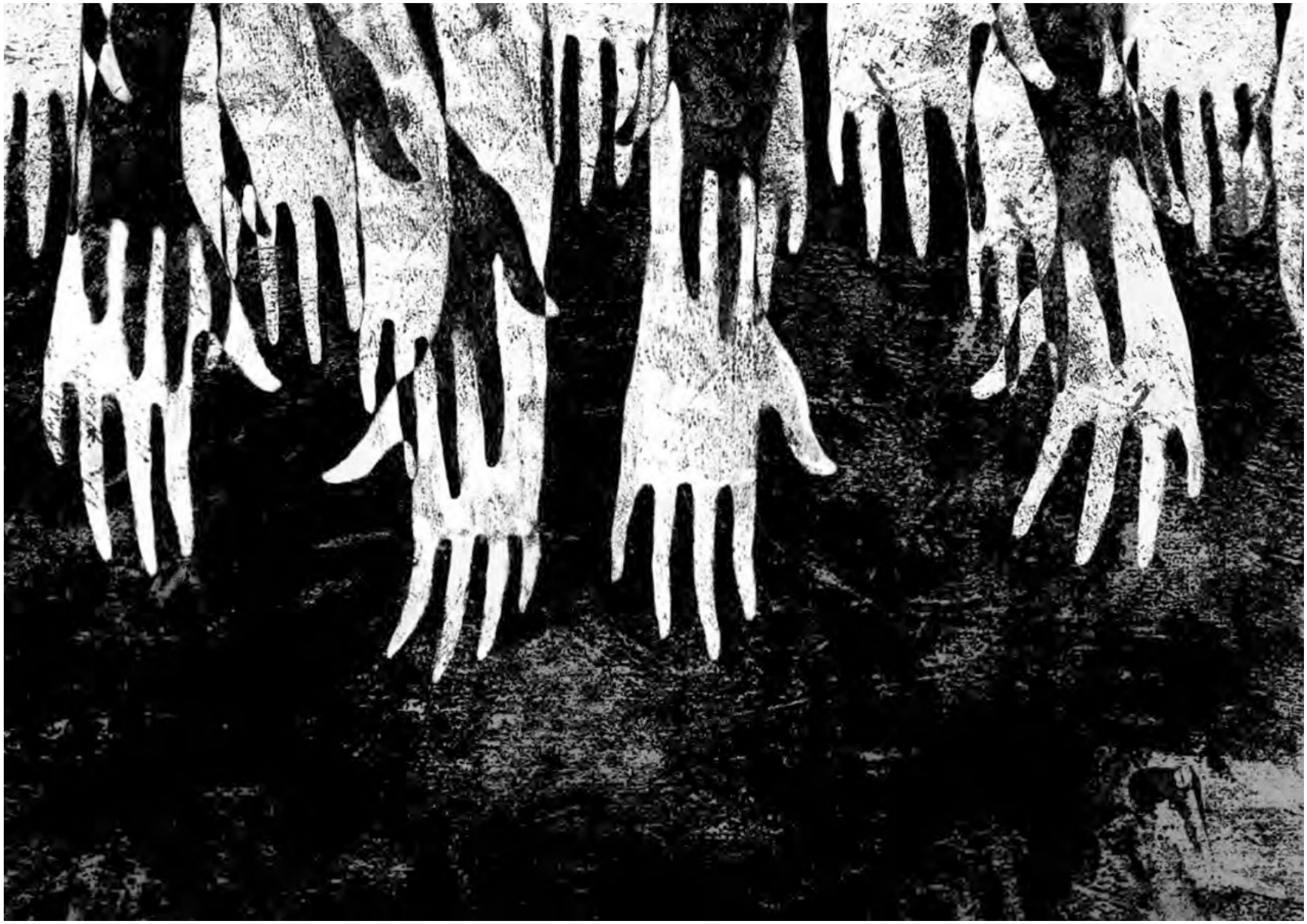
Sujetaron a Núñez y cayeron sobre él, sin decir nada más hasta que hubieron terminado.

—¡Cuidado! —gritó con un dedo en el ojo, y comprendió que consideraban aquel órgano, con sus párpados vibrátiles, un elemento extraño en él. Volvieron a la carga.

—Extraña criatura, Correa —dijo el que se llamaba Pedro—. Mira la aspereza de su pelo, como el de una llama.

—Es tan áspero como las rocas que lo engendraron —dijo Correa, examinando la barbilla sin afeitar de Núñez con una mano suave y ligeramente húmeda—. Quizá pueda refinarse —Núñez forcejeó un poco mientras lo examinaban, pero lo tenían bien sujeto.

—¡Cuidado! —dijo otra vez.



—Sabe hablar —dijo el tercer hombre—. Está claro que es un hombre.

—¡Aj! —dijo Pedro al sentir la aspereza de su abrigo.

—¿Y tú has venido al mundo? —preguntó Pedro.

—Del mundo. Por montañas y glaciares, allá arriba, a medio camino del sol. Del gran mundo que baja hacia el mar, a doce días de camino.

Apenas parecían prestarle atención.

—Nuestros padres nos han contado que los hombres pueden ser engendrados por las fuerzas de la Naturaleza —dijo Correa—. Por el calor de las cosas, y la humedad, y la podredumbre… la podredumbre…

—Déjanos llevarlo ante los ancianos —dijo Pedro.

—Antes grita —dijo Correa—, no sea que los niños se asusten. Es un suceso extraordinario.

Gritaron, pues, y Pedro se adelantó y tomó a Núñez de la mano y le condujo a las casas.

Él apartó la mano.

—Puedo ver —dijo.

—¿Ver? —dijo Correa.

—Sí, ver —dijo Núñez volviéndose hacia él y tropezando con el balde de Pedro.

—Sus sentidos son aún imperfectos —dijo el tercer ciego—. Se tropieza y dice palabras sin sentido. Llevadlo de la mano.

—Como queráis —dijo Núñez, riendo mientras lo guiaban.

Parecían no saber nada de la vista. Bueno, a su debido tiempo les enseñaría.

Oyó gente gritando, y vio varias figuras congregándose en la calzada central de la aldea.

Notó que aquel primer encuentro con los habitantes del País de los Ciegos ponía a prueba sus nervios y su paciencia más de lo que había previsto. El lugar parecía mayor conforme se iba acercando a él, y el enlucido embadurnado más raro, y una multitud de niños, hombres y mujeres (advirtió complacido que algunas de las mujeres y niñas tenían rostros bastante agradables, a pesar de sus ojos cerrados y hundidos) lo rodeó, agarrándolo, palpándolo con manos suaves y sensitivas, oliéndolo y escuchando cada palabra que decía. Algunas muchachas y niños, no obstante, se mantenían a distancia, como asustados, y en verdad la voz de él parecía bronca y ruda comparada con las notas más suaves de ellos. Se apiñaron a su alrededor. Sus tres guías se mantenían cerca de él como marcando su propiedad, repitiendo una y otra vez: «Un salvaje de las rocas».

—Bogotá —dijo él—. Bogotá. Más allá de los picos de la montaña.

—Un salvaje que dice palabras absurdas —dijo Pedro—. ¿Habéis oído eso? Bogotá. Su mente no está del todo formada. Sólo tiene los rudimentos del habla.

Un chiquillo le pellizcó la mano.

—¡Bogotá! —dijo burlonamente.

—¡Sí! Una ciudad mucho mayor que vuestra aldea. Vengo del gran mundo, donde los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá —dijeron.

—Tropezó dos veces mientras veníamos —dijo Correa.

Y lo empujaron de repente por un pasillo hasta una habitación completamente oscura, excepto por un fuego que brillaba débilmente al fondo. La multitud se cerró tras él, dejando pasar tan sólo un tenue rayo de luz, y antes de que pudiera detenerse había caído de bruces a los pies de un hombre sentado. Su brazo extendido golpeó la cara de otro al caer. Sintió el suave impacto de unas facciones y oyó un grito de ira, y por un momento forcejeó contra el sinfín de manos que lo aferraban. Era una lucha desigual. Comprendió vagamente su situación y se quedó quieto.

«Me he caído» —dijo—. «No podía ver en esta oscuridad profunda».

Se hizo una pausa, como si las personas ocultas que lo rodeaban trataran de entender sus palabras. Luego se oyó la voz de Correa:

—Sólo está recién creado. Tropieza al andar y entremezcla palabras sin sentido cuando habla.

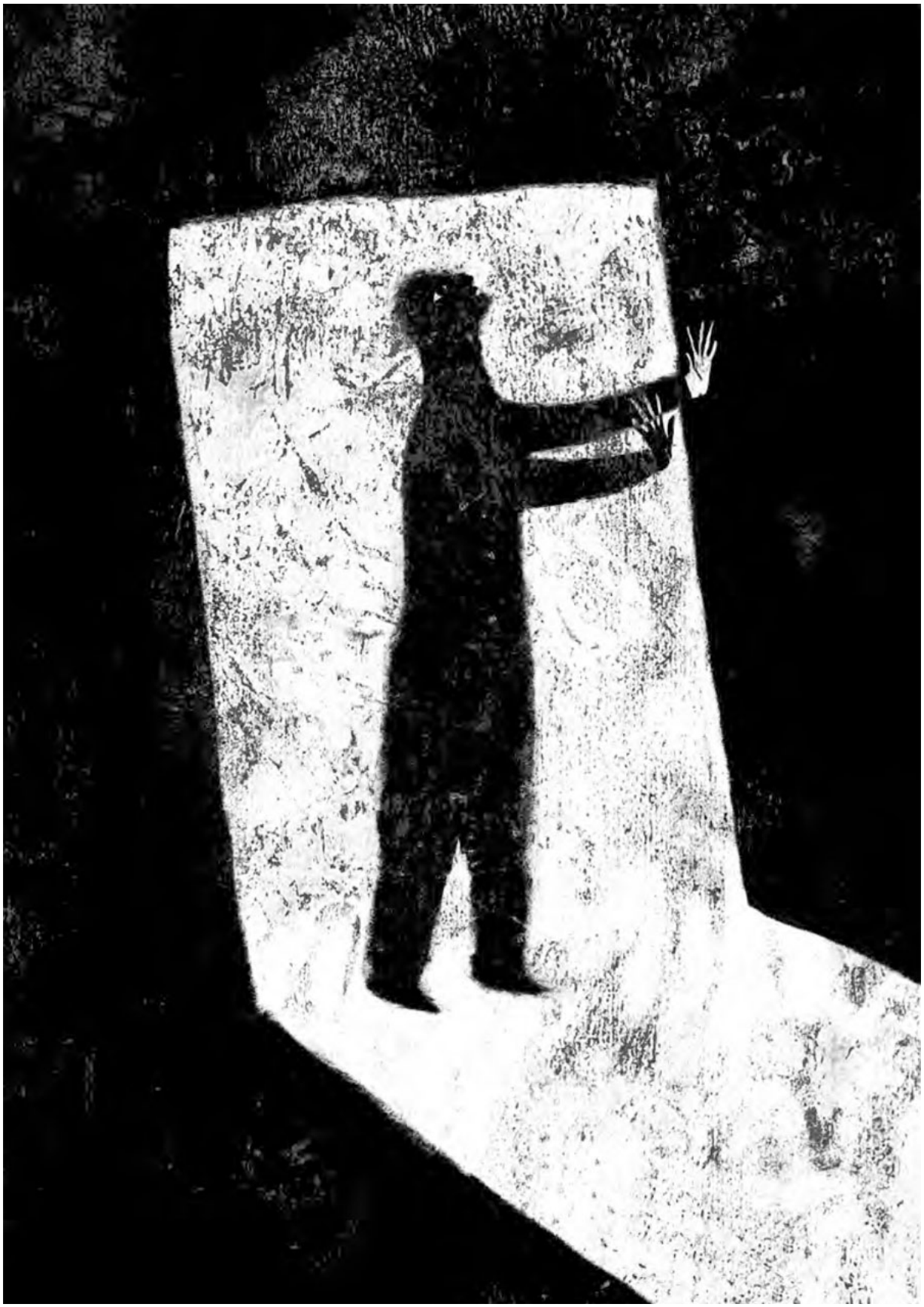
Otros también dijeron cosas sobre él que no alcanzó a oír o entender del todo.

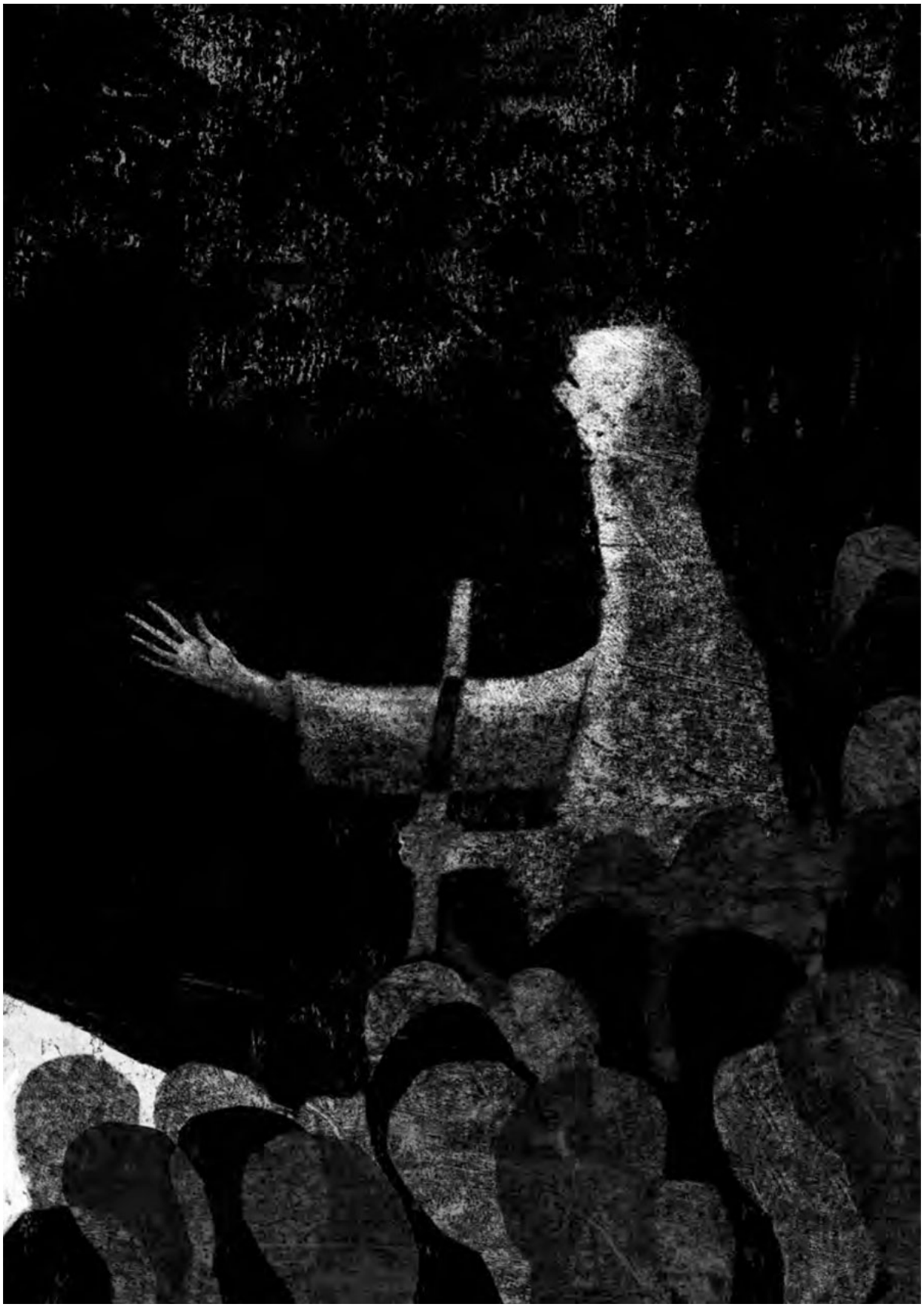
—¿Puedo levantarme? —preguntó aprovechando una pausa—. No volveré a pelear con vosotros.

Consultaron entre sí y le dejaron incorporarse.

La voz de un hombre mayor empezó a interrogarle, y Núñez se vio tratando de explicar el gran mundo del que había caído, y el cielo y las montañas, y la vista y maravillas semejantes, a esos ancianos sentados en la oscuridad del País de los Ciegos. Y ellos no quisieron creer ni comprender nada de cuanto les contó, algo que no se esperaba en absoluto. Ni siquiera entendieron muchas de sus palabras. Esa gente llevaba catorce generaciones ciega y aislada del mundo vidente; los nombres de todo lo relativo a la vista se habían disipado y cambiado; la historia del mundo exterior se había difuminado y transformado en un cuento infantil; y habían dejado de preocuparse por nada que estuviera más allá de las pendientes rocosas situadas por encima del muro circular. Entre ellos habían surgido ciegos geniales que habían cuestionado los retazos de creencia y tradición que trajeran consigo de su época de videntes, los habían desechado como meras fantasías y sustituido por explicaciones nuevas y más sensatas. Gran parte de su imaginación se había marchitado con sus ojos, y habían creado para sí nuevas imaginaciones con sus oídos y yemas dactilares cada vez más

sensibles. Poco a poco Núñez comprendió lo siguiente: que sus expectativas de suscitar asombro y reverencia por su origen y sus dones no se verían cumplidas; y después de que su pobre intento de explicarles la vista fuera desechado como la confusa versión de un ser recién creado que describía las maravillas de sus sensaciones incoherentes, accedió, algo desalentado, a escuchar sus enseñanzas. Y el más anciano de los ciegos le explicó la vida, la filosofía y la religión; que el mundo (es decir, su valle) había sido primero una hondonada vacía en las rocas y que después habían llegado cosas inanimadas sin el don del tacto, llamas y otras pocas criaturas con sentidos limitados, luego los hombres y finalmente los ángeles, cuyos sonidos y gorjeos podían oírse pero a los que nadie podía tocar, lo que intrigó sobremanera a Núñez hasta que se acordó de los pájaros.





Siguió contando a Núñez que el tiempo se había dividido en calor y frío, que para los ciegos eran los equivalentes del día y la noche, y que era conveniente dormir durante el calor y trabajar durante el frío, de manera que, de no ser por su llegada, toda la aldea estaría durmiendo. Dijo que Núñez debía de haber sido creado especialmente para aprender y servir a la sabiduría que habían adquirido, y que pese a su incoherencia mental y a su comportamiento aturullado debía tener valor y hacer lo posible por aprender, y todos los que estaban en el pasillo murmuraron palabras de aliento. Dijo que hacía tiempo que la noche había acabado —pues los ciegos llaman a su día noche—, y que todos debían volver a la cama. Preguntó a Núñez si sabía dormir, y Núñez dijo que sí, pero que antes de dormir quería comer.

Le trajeron algo de comida —leche de llama en un cuenco y un tosco pan salado— y lo llevaron a un lugar solitario para comer sin que ellos pudieran oírlo, y después a dormir plácidamente hasta que el frío vespertino de la montaña los despertara para comenzar de nuevo su jornada. Pero Núñez no pegó ojo.

En vez de eso, se incorporó en el mismo lugar donde lo habían dejado, permitiendo que sus miembros descansaran y dando vueltas y vueltas en su cabeza a las inesperadas circunstancias de su llegada.

De vez en cuando se echaba a reír, unas veces divertido y otras indignado.

«¡Una mente sin formar!», decía. «¡Aún carente de sentidos! No saben que han insultado a su amo y rey enviado por el Cielo. Veo que debo hacerles entrar en razón. Piensa… Piensa…».

Aún estaba pensando cuando se puso el sol.

Núñez tenía buen ojo para las cosas bellas, y el resplandor sobre los campos de nieve y los glaciares que se elevaba a ambos lados del valle se le antojó lo más hermoso que había visto nunca. Sus ojos pasaron de aquella gloria inaccesible a la aldea y a los campos irrigados que se hundían rápidamente en el crepúsculo, y una súbita emoción lo embargó y dio

gracias a Dios desde el fondo de su alma por haberle concedido la facultad de ver.

Oyó una voz que lo llamaba desde fuera de la aldea.

—¡Eh, Bogotá! ¡Ven aquí!

Al oírlo se levantó sonriendo. Les enseñaría de una vez por todas lo que la vista permite hacer a un hombre. Que lo buscaran, que no lo encontrarían.

—No te muevas, Bogotá —dijo la voz.

Rió en voz baja, y con dos pasos sigilosos se apartó del camino.

—No pises la hierba, Bogotá. No está permitido.

El propio Núñez apenas había oído el ruido que había hecho. Se detuvo perplejo.

⠊⠝ ⠽⠕⠥ ⠞⠕ ⠓⠁⠧⠑ ⠞⠓⠑⠍⠑⠙
⠽⠕⠥⠗ ⠍⠁⠙⠑⠝⠑⠙ ⠽⠕⠥⠗ ⠓⠑⠁⠙.

El dueño de la voz venía corriendo hacia él por el camino estriado.

Núñez volvió a meterse en el camino.

—Aquí estoy —dijo.

—¿Por qué no viniste cuando te llamé? —dijo el ciego—. ¿Es que hay que guiarte como a un niño pequeño? ¿No puedes oír el camino al andar?

Núñez se echó a reír.

—Puedo verlo —dijo.

—No existe la palabra *ver* —dijo el ciego, tras una pausa—. Deja ya ese disparate y sigue el ruido de mis pasos.

Núñez le siguió un poco enojado.

—Ya llegará mi momento —dijo.

—Aprenderás —respondió el ciego—. Hay mucho que aprender en el mundo.

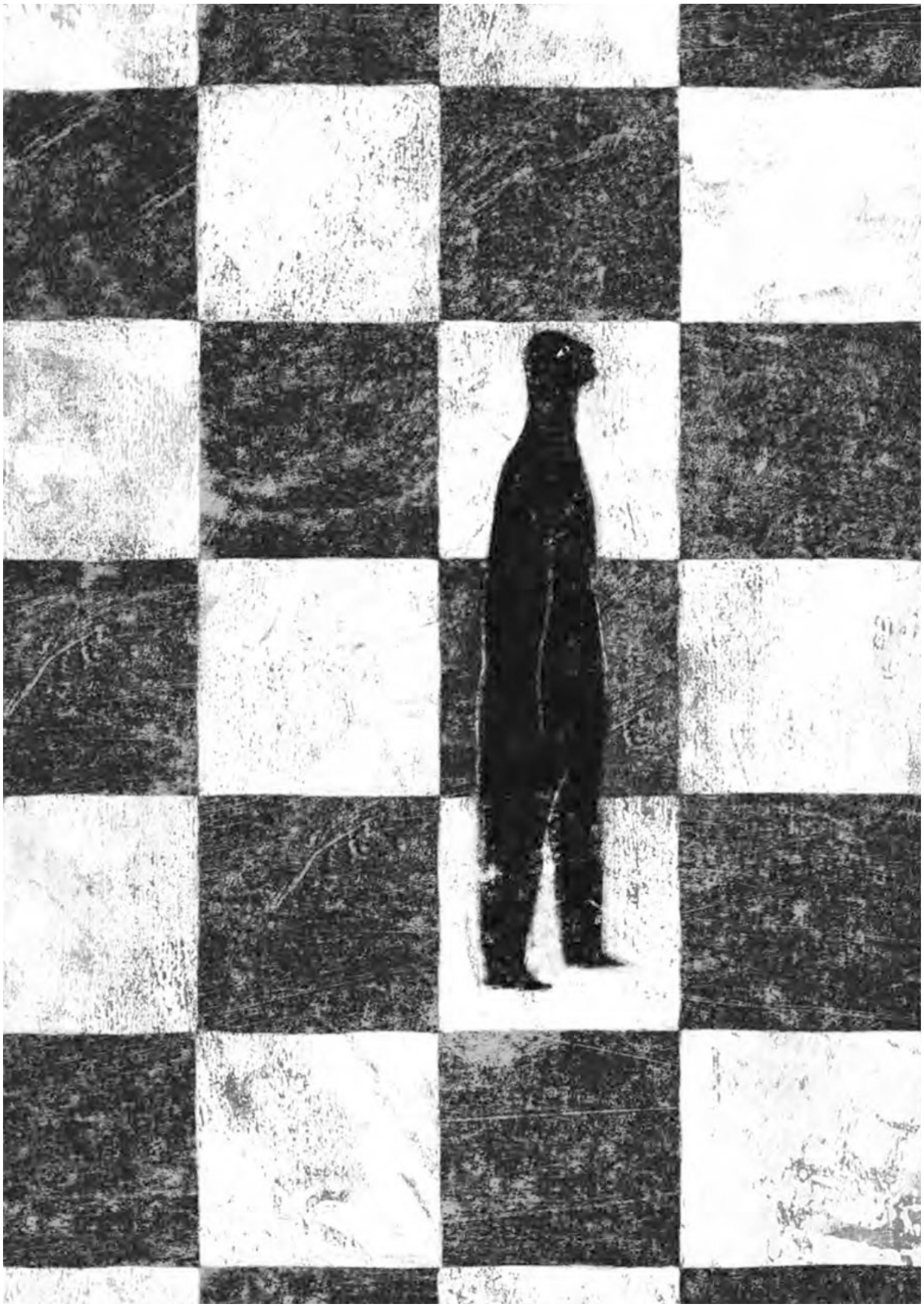
—¿Nadie te ha dicho que «En el país de los ciegos el tuerto es el rey»?

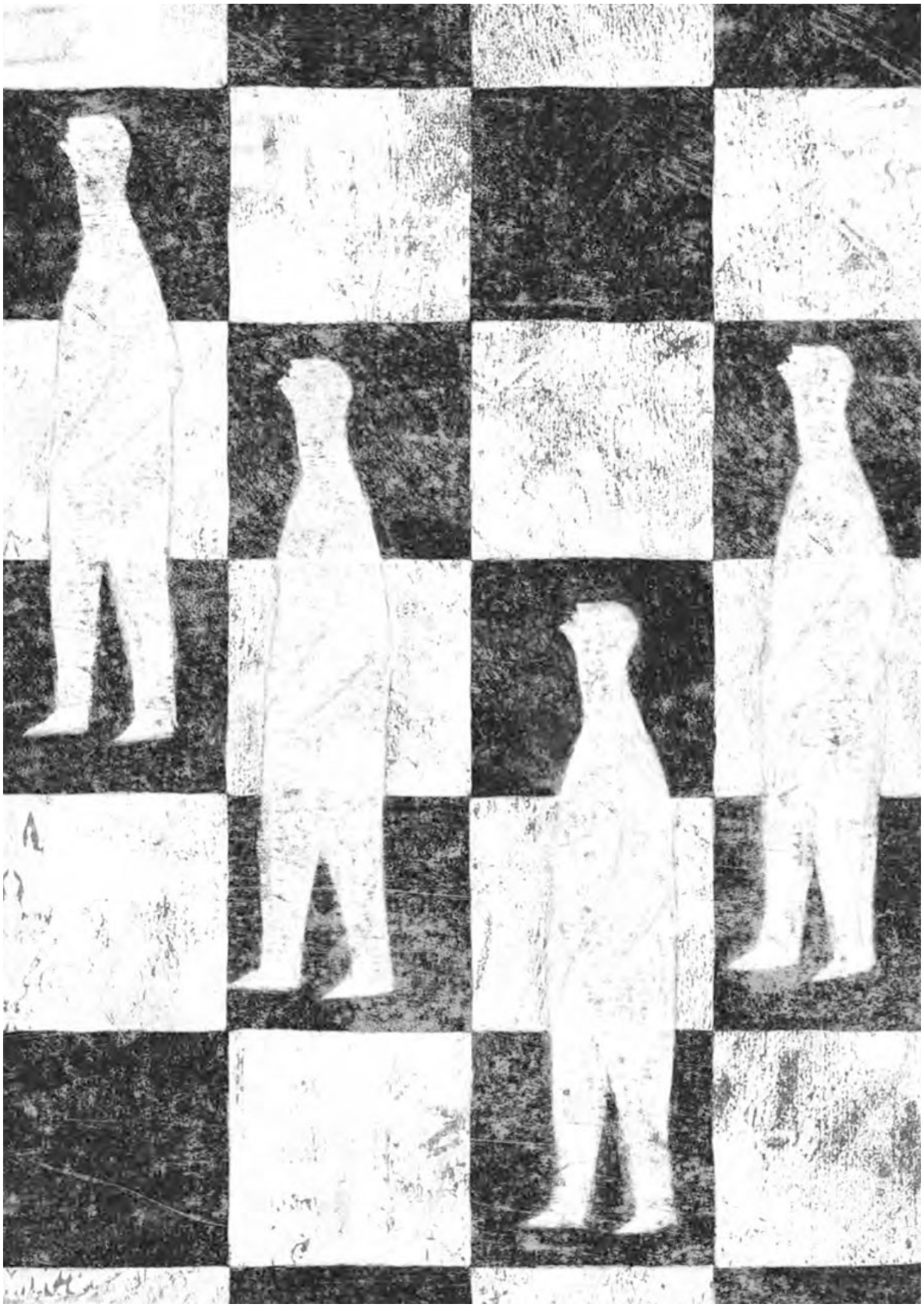
—¿Qué significa «ciego»? —preguntó el hombre despreocupadamente por encima de su hombro.

Transcurrieron cuatro días y, al quinto, el Rey de los Ciegos aún seguía de incógnito como un extraño torpe e inútil entre sus súbditos.

Descubrió que le era mucho más difícil proclamarse rey de lo que había supuesto, y entretanto, mientras meditaba su golpe de Estado, hizo cuanto se le ordenó y aprendió las maneras y costumbres del País de los Ciegos. Trabajar y salir de noche le resultaba particularmente enojoso, y decidió que sería lo primero que cambiaría.

Aquella gente llevaba una vida sencilla y laboriosa, con todos los ingredientes de virtud y felicidad, tal como pueden entenderlas los hombres. Se afanaban, pero sin abrumarse; disponían de comida y ropa suficiente para sus necesidades; tenían días y temporadas de descanso; daban gran importancia a la música y a las canciones, y había amor entre ellos, y niños pequeños.





Era maravilloso con cuánta confianza y precisión se movían por su mundo ordenado. Todo estaba pensado en función de sus necesidades; cada uno de los caminos radiales del área del valle formaba un ángulo constante con los otros y se distinguía por una marca en el bordillo; todos los obstáculos e irregularidades de los caminos y prados hacía tiempo que se habían eliminado; todos sus métodos y procedimientos surgían de forma natural de sus necesidades especiales. Sus sentidos se habían agudizado increíblemente; podían oír y analizar el menor gesto de un hombre a doce pasos de distancia, y percibir hasta el latido de su corazón. Hacía mucho que la entonación había sustituido a la expresión, y el tacto al gesto, y su trabajo con la azada, la pala y el rastrillo era tan suelto y confiado como cualquier labor de jardinería. Su olfato era extraordinariamente fino; podían distinguir diferencias individuales con la facilidad de un perro, y se ocupaban del cuidado de las llamas, que vivían arriba entre las rocas y bajaban al muro por comida y cobijo, con soltura y confianza. Sólo cuando Núñez trató al fin de hacerse valer, descubrió lo fáciles y seguros que podían ser sus movimientos.

Se rebeló sólo tras haber probado a convencerles.

Primero intentó hablarles varias veces de la vista.

—Escuchadme un momento —dijo—. Hay cosas en mí que no comprendéis.

Uno o dos de ellos le escucharon en una o dos ocasiones; se sentaron con el rostro inclinado y las orejas vueltas inteligentemente hacia él, e hizo cuanto pudo por explicarles en qué consistía ver. Entre sus oyentes había una joven con párpados menos rojos y hundidos que los demás, de manera que casi podía imaginarse que estaba ocultando los ojos, a la que esperaba convencer de forma especial. Habló de las bellezas de la vista, de la contemplación de las montañas, del cielo y del amanecer, y le escucharon con divertida incredulidad que pronto se tornó condenatoria. Le dijeron que no había ninguna montaña, sino que el final de las rocas donde pastaban las llamas era el fin del mundo; de allí surgía el techo cavernoso del universo, del que caían el rocío y las avalanchas; y cuando él afirmó categóricamente

que el mundo no tenía ni fin ni techo como ellos suponían, dijeron que sus ideas eran perniciosas. Les explicó hasta donde pudo el cielo, las nubes y las estrellas, y aquello les pareció un espantoso vacío, un terrible espacio en blanco en lugar del suave techo que protegía las cosas en las que creían, pues tenían por artículo de fe que el techo rocoso era exquisitamente suave al tacto. Notó que los estaba asustando, y renunció por completo a tratar ese aspecto e intentó mostrarles el valor práctico de la vista. Una mañana vio a Pedro en el camino Diecisiete que venía hacia las casas centrales, aunque aún demasiado alejado para que pudieran olerlo u oírlo, y les dijo:

—Dentro de poco —profetizó—, Pedro estará aquí.

Un anciano comentó que a Pedro no se le había perdido nada en el camino Diecisiete y, como para confirmarlo, éste giró conforme se acercaba, cruzó por el camino Diez y de nuevo se encaminó con paso ligero hacia el muro exterior. Se burlaron de Núñez al no llegar Pedro, y más tarde, cuando preguntó a Pedro para justificarse, éste le desmintió y desafió, y desde entonces le fue hostil.

A continuación les convenció de que le dejaran subir un trecho por los prados inclinados hacia el muro con alguien más complaciente, al que prometió describir todo lo que sucediera entre las casas. Percibió ciertas idas y venidas, pero lo único que de verdad parecía importar a aquella gente ocurría dentro o detrás de las casas sin ventanas —lo único en que se fijaban para ponerle a prueba—, y de esto no pudo ver ni contar nada. Fue después de fracasar en su intento, y de las burlas que ellos no pudieron reprimir, cuando recurrió a la fuerza. Pensó en agarrar una pala y derribar bruscamente a uno o dos de ellos, y mostrar así en justo combate las ventajas de ver. En su resolución llegó al punto de agarrar su pala, y descubrió entonces algo nuevo de sí mismo: que le resultaba imposible golpear a un ciego a sangre fría.

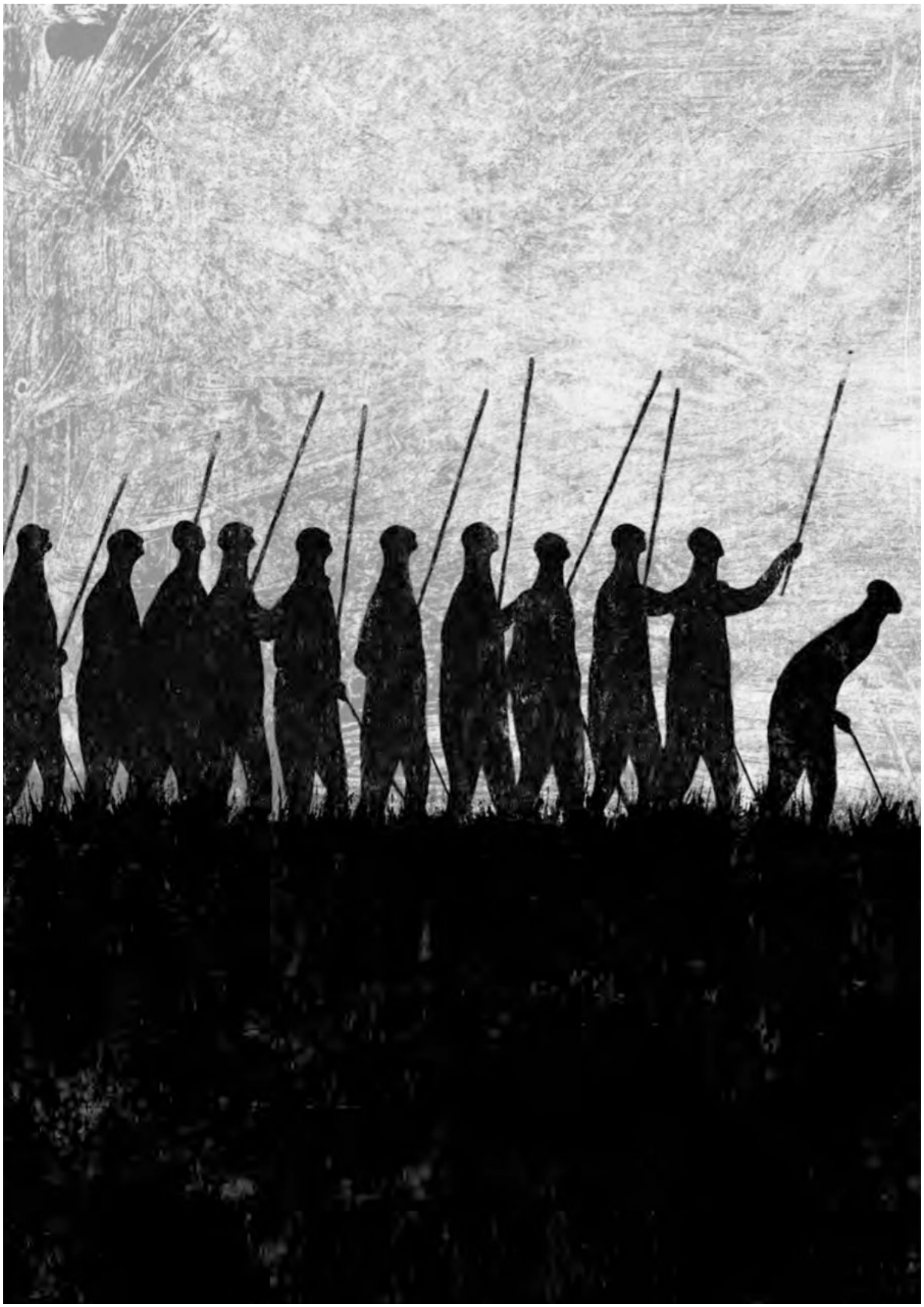
Vaciló, y vio que todos se habían percatado de que había empuñado la pala. Permanecían alerta, con la cabeza ladeada y las orejas apuntando hacia él a la espera de cuál sería su próximo movimiento.

—Suelta esa pala —dijo uno, y él sintió una especie de terror impotente. A punto estuvo de obedecer.

Entonces empujó a uno contra el muro de una casa y, dejándolo atrás, huyó del pueblo.

Atravesó uno de sus prados, dejando un rastro de hierba pisoteada bajo sus pies, y al poco rato se sentó al borde de uno de sus caminos. Sintió algo parecido a la confianza que invade a todos los hombres al comienzo de una pelea, pero una perplejidad mayor. Empezó a comprender que ni siquiera se puede luchar alegremente con seres que se rigen por una base mental diferente. A lo lejos vio a varios hombres con palas y bastones salir de la calle de las casas y avanzar hacia él en una fila que se extendía por varios senderos. Avanzaban despacio, hablando frecuentemente entre sí, y de vez en cuando aquel cordón humano se detenía, olisqueaba el aire y escuchaba.

La primera vez que lo hicieron Núñez se echó a reír, pero luego dejó de hacerlo.



Uno encontró su rastro en la hierba del prado y se acercaba encorvado y a tientas.

Durante cinco minutos contempló el lento despliegue del cordón, y entonces su vaga intención de hacer algo rápido se tornó acuciante. Se levantó, dio uno o dos pasos hacia el muro circular, se giró y volvió al pequeño sendero. Allí estaban todos, en una medialuna, quietos y a la escucha.

Él también permaneció inmóvil, agarrando la pala firmemente con las dos manos. ¿Debía cargar contra ellos?

El pulso en sus oídos se incrementaba al ritmo de «En el país de los ciegos el tuerto es el rey».

¿Debía cargar contra ellos?

Volvió a mirar al alto e impracticable muro que tenía detrás —impracticable por su suave enyesado, y además atravesado por muchas puertecitas—, y a la fila de perseguidores cada vez más próxima. Detrás de ellos, otros salían ahora de la calle de casas.

¿Debía cargar contra ellos?

—¡Bogotá! —gritó uno—. ¡Bogotá! ¿Dónde estás?

Agarró su pala aún con más fuerza, bajó por los prados hacia el lugar de las viviendas, y en cuanto se movió convergieron sobre él. «Les golpearé si me tocan», juró, «por Dios que lo haré». Gritó:

—Oídme, voy a hacer lo que quiera en este valle. ¿Me oís? ¡Voy a hacer lo que quiera e iré a donde quiera!

Se estaban acercando rápidamente, a tientas pero moviéndose con presteza. Era como jugar a la gallinita ciega con todos, menos uno, sólo que todos llevaban los ojos vendados menos él.

—¡Cogedlo! —gritó uno. Y se vio a sí mismo en el arco de una elástica curva de perseguidores. De pronto sintió que debía mostrarse activo y resuelto.

—No lo entendéis —exclamó con un tono que pretendía ser rotundo y decidido pero que se le quebró en la garganta—: vosotros estáis ciegos y yo puedo ver. ¡Dejadme en paz!

—¡Bogotá, suelta la pala y sal de la hierba!

La última orden, grotesca en su familiaridad urbana, produjo una explosión de ira.

—Os voy a hacer daño —dijo, sollozando por la emoción—. Por Dios que lo haré. ¡Dejadme en paz!

[redacted]

Echó a correr sin saber muy bien adónde. Huyó del ciego más próximo porque le horrorizaba pegarle. Se detuvo, y corrió a toda velocidad para escapar de aquellas filas que se iban cerrando. Se lanzó hacia donde el hueco era mayor, pero los que estaban a los lados, percibiendo rápidamente sus pasos que se acercaban, se juntaron a toda prisa. Saltó hacia delante y entonces vio que iban a cogerlo, y ¡zas!, la pala impactó contra algo. Sintió el ruido sordo de una mano y un brazo, y el hombre cayó con un grito de dolor. Era libre.

¡Libre! Y entonces volvió a estar cerca de la calle de las casas, donde los ciegos, blandiendo palas y estacas, corrían de un lado a otro con una especie de rapidez razonada.

Oyó pasos detrás de él justo a tiempo, y vio a un hombre alto que se abalanzaba sobre él y le atacaba guiándose por el ruido que hacía. Se asustó, arrojó la pala a un metro de su rival, dio media vuelta y huyó casi chillando mientras esquivaba a otro.

Presa del pánico, corrió de un lado a otro, fintando cuando no había necesidad y tropezando en su ansiedad por querer ver en todas direcciones a la vez. Cayó por un instante y ellos oyeron su caída. A lo lejos, en el muro circular, una pequeña entrada le pareció el paraíso, y echó a correr frenéticamente hacia ella. Ni siquiera volvió la vista hacia sus perseguidores hasta alcanzarla, y tras tropezar al cruzar el puente y trepar un trecho entre las rocas, para sorpresa y espanto de una joven llama que se ocultó de un brinco, se tumbó llorando en busca de resuello.

Y así concluyó su golpe de Estado.

Permaneció dos noches y dos días fuera del muro del valle de los ciegos sin comida ni techo, meditando sobre lo inesperado de los acontecimientos. En el curso de estas meditaciones repitió con mucha frecuencia y en creciente tono de burla el gastado proverbio: «En el país de los ciegos el tuerto es el rey». Pensó sobre todo en las maneras de enfrentarse y conquistar a esa gente, y cada vez le resultaba más claro que no había ninguna factible. No tenía armas, y ahora sería difícil conseguir una.

El cáncer de la civilización le había alcanzado incluso en Bogotá, y no se sentía incapaz de bajar y asesinar a un ciego. Naturalmente, si lo hiciera podría dictar condiciones bajo amenaza de asesinarlos a todos. Pero tarde o temprano tendría que dormir…

Trató también de encontrar comida entre los pinos, acomodarse bajo sus ramas cuando caía el frío de la noche y —con menos fe— capturar una llama mediante algún ardid para intentar matarla —tal vez golpeándola con una piedra— y así por fin, quizá, comer algo de su carne. Pero las llamas no se fiaban de él, lo miraban con sus recelosos ojos marrones y escupían cuando se acercaba. Al segundo día le entraron el miedo y los temblores. Finalmente, bajó gateando hasta el muro del País de los Ciegos e intentó pactar. Se arrastró gritando a lo largo del arroyo, hasta que dos ciegos salieron de la puerta y hablaron con él.

—Ha sido un ataque de locura —dijo—, pero es que estoy recién creado.

Le dijeron que eso estaba mejor.

Él les dijo que ahora era más sensato y se arrepentía de todo lo que había hecho.

Entonces lloró sin querer, pues estaba muy débil y enfermo, y ellos lo tomaron como un signo favorable.

Le preguntaron si todavía pensaba que podía ver.

—No —dijo—. Aquello fue una locura. Esa palabra no significa nada, ¡menos que nada!

Le preguntaron qué había sobre sus cabezas.

—Como a cien veces la altura de un hombre hay un techo sobre el mundo, rocoso y muy, muy suave.

Estalló de nuevo en un llanto histérico.

—Antes de preguntarme nada más, dadme algo de comer o moriré.

Esperaba castigos atroces, pero esos ciegos eran capaces de mostrar tolerancia. Consideraron su rebelión como una prueba más de su idiotez e inferioridad general, y tras azotarle le asignaron el trabajo más simple y pesado que podían asignar a nadie, y él, no viendo otra forma de vivir, hizo sumisamente lo que se le dijo.

Estuvo unos días enfermo, y lo cuidaron con cariño. Eso afinó su sumisión, pero ellos insistieron en que reposara a oscuras y aquello le causó una profunda tristeza. Y filósofos ciegos fueron a hablarle de la perversa ligereza de su mente, y le reprocharon con tal autoridad sus dudas sobre la tapa de roca que cubría su cacerola cósmica que casi dudó si en verdad no sería víctima de una alucinación por no verla sobre su cabeza.

Así es como Núñez se convirtió en ciudadano del País de los Ciegos, y éstos dejaron de ser un pueblo homogéneo y se convirtieron en individuos y conocidos, mientras el mundo más allá de las montañas se volvía cada vez más remoto e irreal. Estaba Jacob, su amo, un hombre afable cuando no estaba enfadado; estaba Pedro, el sobrino de Jacob; y Medina-saroté, la hija menor de Jacob. Era poco apreciada en el mundo de los ciegos porque tenía rasgos marcados y carecía de esa agradable y brillante tersura que es el ideal de belleza femenina para el ciego. Pero a Núñez le pareció guapa desde el principio y, al poco tiempo, la cosa más bonita de toda la creación. Sus párpados cerrados no estaban hundidos ni enrojecidos como era común en el valle, sino que parecía que fueran a abrirse de nuevo en cualquier momento. Y tenía largas pestañas, lo que se consideraba una grave deformidad. Y su voz era fuerte, y no satisfacía el fino oído de los pretendientes del valle. Así es que no tenía ningún amante.

Llegó un momento en que Núñez pensó que, si pudiera conquistarla, se resignaría a vivir en el valle para el resto de sus días.

La espiaba, buscaba oportunidades de prestarle pequeños servicios y pronto descubrió que ella se fijaba en él. Una vez, en la reunión de un día de descanso, se sentaron uno junto a otro a la pálida luz de las estrellas, y la música era dulce. Él posó su mano sobre la de ella y se atrevió a apretarla. Entonces, muy tiernamente, ella le devolvió la presión. Y un día, mientras cenaban a oscuras, él sintió que la mano de ella lo buscaba muy suavemente, y al chisporrotear el fuego por azar en ese instante, vio la ternura reflejada en su rostro.

Entonces trató de hablar con ella.

La abordó un día mientras la joven hilaba sentada a la luz de la luna estival. La luz la revestía de plata y misterio. Se sentó a sus pies y le dijo que la amaba, y lo hermosa que le parecía. Tenía voz de enamorado, y le habló con tierna reverencia casi temerosa. Ella, que nunca había sido objeto de adoración, no le dio una respuesta definitiva, pero estaba claro que sus palabras la complacieron.

Después de aquello él le hablaba siempre que tenía oportunidad. El valle se convirtió en su mundo, y el mundo más allá de las montañas, donde los hombres vivían a la luz del sol, sólo parecía un cuento de hadas que algún día él vertería en sus oídos. Muy tímida y cautelosamente le habló de la vista.

La vista a ella le pareció la más poética de las fantasías, y escuchó su descripción de las estrellas y las montañas y de su propia belleza iluminada de blanco con culpable indulgencia. No lo creyó, sólo podía entender a medias, pero estaba misteriosamente complacida, y a él le pareció que lo entendía todo perfectamente.

Su amor le hizo perder el miedo y armarse de valor. Pronto se mostró dispuesto a pedirla en matrimonio a Jacob y a los ancianos, pero ella se volvió temerosa y evasiva. Fue una de sus hermanas mayores la primera en contar a Jacob que Medina-saroté y Núñez estaban enamorados.

Desde el principio hubo una gran oposición a aquel matrimonio; no tanto porque valoraran a la muchacha sino porque a él lo consideraban un ser aparte, una criatura idiota e incompetente por debajo del nivel permitido

a un hombre. Sus hermanas se opusieron tajantemente, porque eso traería el descrédito sobre todos ellos; y el viejo Jacob, aunque le había cogido cierto cariño a su torpe y obediente siervo, sacudió la cabeza y dijo que no podía ser. Los jóvenes se enfurecieron ante la idea de corromper la raza, y uno llegó incluso a insultar y golpear a Núñez. Éste se defendió, y por primera vez descubrió las ventajas de poder ver, incluso a la luz del crepúsculo, y una vez acabada la pelea nadie estuvo dispuesto a levantar la mano contra él. Pero seguían considerando imposible su matrimonio.

El viejo Jacob amaba tiernamente a su hija pequeña, y le dolía verla llorar sobre su hombro.

—Verás, cielo, es que es un idiota. Tiene delirios y no es capaz de hacer nada bien.

—Lo sé —dijo llorando Medina-saroté—. Pero está mejor que antes. Va progresando. Y es fuerte, padre, y bueno, más fuerte y bueno que cualquier otro hombre en el mundo. Y me quiere, padre, y yo le quiero a él.

El viejo Jacob se afligió al verla desconsolada, y, además —lo que aumentaba su aflicción—, apreciaba a Núñez por muchos motivos. Así que fue a sentarse a la sala del Consejo con el resto de ancianos, siguió atentamente el rumbo de la conversación y, en el momento oportuno, dijo:

—Es mejor de lo que era. Es muy probable que algún día nos parezca tan cuerdo como nosotros.

Al rato, otro de los ancianos, tras reflexionar profundamente, tuvo una idea. Era el gran médico de aquella gente, su curandero, y tenía una mente muy inventiva y filosófica, y le atraía la idea de curar a Núñez de sus rarezas. Un día en que Jacob estaba presente volvió a sacar el tema.

—He examinado a Bogotá —dijo—, y el caso me parece claro. Creo muy probable que pueda curarse.

—Eso es lo que siempre he deseado —dijo el viejo Jacob.

—Su cerebro está afectado —dijo el médico ciego.

Los ancianos murmuraron en señal de asentimiento.

—Y bien, ¿qué lo afecta?

—¡Ah! —dijo el viejo Jacob.

—Esto —dijo el médico, respondiendo su propia pregunta—. Esas cosas raras llamadas ojos, que existen para formar una depresión suave y agradable en la cara, están dañados en el caso de Bogotá hasta el punto de afectarle al cerebro. Están muy dilatados, tiene pestañas y sus párpados se mueven, y en consecuencia su cerebro se halla en un estado de constante irritación y aturdimiento.

—¿De veras? —dijo el viejo Jacob.

—Y creo poder decir con bastante certeza que, para curarlo completamente, sólo necesitamos realizar una fácil y sencilla operación quirúrgica, es decir, extirparle esos cuerpos irritantes.

—¿Y entonces estará cuerdo?

—Completamente cuerdo, y será un ciudadano admirable.

—¡Dios bendiga la ciencia! —dijo el viejo Jacob, y corrió a informar a Núñez de aquel rayo de esperanza.

Pero la manera en que Núñez recibió la buena noticia le sorprendió por fría y decepcionante.

—Por el tono que adoptas se diría que no te importa mi hija —dijo.

Fue Medina-saroté quien convenció a Núñez para someterse a los cirujanos ciegos.

—¿No querrás que pierda el don de la vista, verdad? —dijo él.

Ella sacudió la cabeza.

—Mi mundo es la vista.

Ella bajó la cabeza.

⠊⠝ ⠓⠊⠎ ⠞⠊⠍⠑ ⠁⠝⠙ ⠊⠞ ⠺⠁⠎
⠓⠊⠎ ⠓⠁⠝⠙⠎ ⠺⠑⠗⠑ ⠓⠑⠁⠗⠙.

—Están las cosas hermosas, las pequeñas cosas hermosas, las flores, los líquenes entre las rocas, la ligereza y tersura de unas pieles, el lejano cielo con sus nubes errantes, las puestas de sol y las estrellas. Y estás tú. Sólo por ti merece la pena ver, para contemplar tu rostro dulce y sereno, tus tiernos labios, tus encantadoras y bonitas manos entrelazadas… Son estos ojos míos que conquistaste, estos ojos que me atan a ti, lo que buscan esos idiotas. En vez de eso, debo tocarte, oírte y no verte nunca más. Debo instalarme bajo ese techo de roca, piedra y oscuridad, ese horrible techo que rebaja tu imaginación… No, no querrás que haga eso, ¿verdad?

Le había asaltado una duda desagradable. Se detuvo y dejó la pregunta en el aire.

—A veces —dijo ella, vacilando— desearía…

—¿Qué? —dijo él un tanto aprensivo.

—A veces desearía que no hablaras así.

—¿Cómo así?

—Sé que es bonito… eso que imaginas. Y me encanta, pero ahora…

Él sintió un escalofrío.

—¿Ahora…? —dijo en un suspiro.

Ella permaneció en silencio:

—¿Quieres decir…? ¿Crees que sería mejor que yo, quizá…?

Empezaba a entenderlo todo rápidamente. Sintió ira, desde luego, ira por lo absurdo del destino, pero también compasión por la incomprensión de ella, una compasión cercana a la piedad.

—Amor mío —dijo él, y pudo ver por su palidez con cuánta intensidad su espíritu presionaba contra las cosas que ella no podía decir. La abrazó, la besó en la oreja y permanecieron un rato sentados en silencio.

—¿Y si yo consintiera? —dijo él finalmente con voz llena de dulzura.

Ella le echó los brazos al cuello, envuelta en un mar de lágrimas:

—¡Oh, si lo hicieras! —dijo entre sollozos—. ¡Si lo hicieras…!

La semana previa a la operación que lo elevaría de su condición inferior y servil a la categoría de ciudadano ciego, Núñez no pegó ojo, y durante las cálidas horas de sol, mientras los demás dormían plácidamente, él se

sentaba taciturno o vagaba sin rumbo, tratando de resolver este dilema. Había dado su respuesta, había dado su consentimiento, y no obstante no estaba seguro. Por fin acabó la época de labor, el sol salió esplendoroso sobre las crestas doradas y comenzó para él su último día de visión. Disponía de unos minutos con Medina-saroté antes de que ella se fuera a dormir.

—Mañana dejaré de ver —dijo.

—¡Amor mío! —respondió ella, apretándole las manos con todas sus fuerzas.

—Te harán daño, pero poco —dijo—. Y ese dolor, amor mío, ese dolor lo sufrirás por mí… Amor mío, si el corazón y la vida de una mujer pueden recompensarte, te recompensaré. Mi amado, mi amado de voz dulce, te recompensaré.

Se sintió inundado de piedad por sí mismo y por ella.

La abrazó, apretó sus labios contra los suyos y contempló su dulce rostro por última vez.

—¡Adiós! —murmuró ante aquella visión amada—. ¡Adiós!

Entonces se dio la vuelta y se alejó.

Ella podía oír sus lentas pisadas al marcharse, y algo en el ritmo de esos pasos la sumió en un llanto arrebatado.

Él se había propuesto ir a un lugar solitario donde los prados estaban adornados de narcisos blancos, y quedarse en él hasta que llegara la hora del sacrificio, pero mientras se encaminaba hacia allí elevó la mirada y vio la mañana, la mañana como un ángel de armadura dorada que bajaba por las pendientes…

Le pareció que, ante ese esplendor, él y aquel mundo ciego en el valle, y su amor, y todo, no eran más que un pozo de pecado.

No se apartó como tenía pensado, sino que continuó y franqueó el muro de la circunferencia hasta salir a las rocas, con los ojos siempre puestos en el hielo y la nieve iluminados por el sol.

Vio su belleza infinita, y su imaginación los sobrevoló hacia esas cosas lejanas a las que ahora iba a renunciar para siempre.

Pensó en el gran mundo libre del que fue apartado, su mundo, y tuvo una visión de aquellas lejanas pendientes, perdidas en la distancia, con Bogotá, un lugar de multitudinaria y conmovedora belleza, una gloria de día y un misterio luminoso de noche, sede de palacios y fuentes y estatuas y casas blancas, que yacía imponente a media distancia. Pensó que, durante un día o dos, se podía bajar por los desfiladeros y acercarse cada vez más a sus bulliciosas calles y caminos. Pensó en el viaje por río, un día tras otro, desde el gran Bogotá al mundo aún más vasto situado más allá, por pueblos y aldeas, bosques y desiertos, el río que fluía impetuoso un día tras otro hasta que sus bancos desaparecían y los grandes barcos de vapor pasaban salpicando, y así uno llegaba al mar, el mar infinito, con sus mil, sus millares de islas, y sus barcos entrevistos a lo lejos en sus incesantes travesías por el ancho mundo. Y allí, libre de montañas, se veía el cielo… el cielo, no ese disco que se veía aquí, sino un arco de un azul inconmensurable, un mar en cuyos abismos flotaban, girando, las estrellas…

Sus ojos escrutaron con más atención la gran cortina de montañas.

Por ejemplo, si subía aquel barranco hacia esa chimenea de allí, podía salir a lo alto entre los raquíticos pinos que daban vueltas en una especie de saledizo y seguían subiendo más y más hasta pasar sobre la garganta. ¿Y

luego? Aquel talud era asequible. Desde allí quizá encontrara una subida que lo elevara hasta el precipicio que se abría bajo la nieve; y si esa chimenea fallaba, otra más al este serviría mejor a sus propósitos. ¿Y luego? Luego podría salir a la nieve iluminada de ámbar, y a media altura de la cresta de aquellos hermosos parajes desolados.

Se volvió para echar otro vistazo a la aldea, luego dio media vuelta y la contempló fijamente.

Pensó en Medina-saroté, que se había vuelto pequeña y remota.

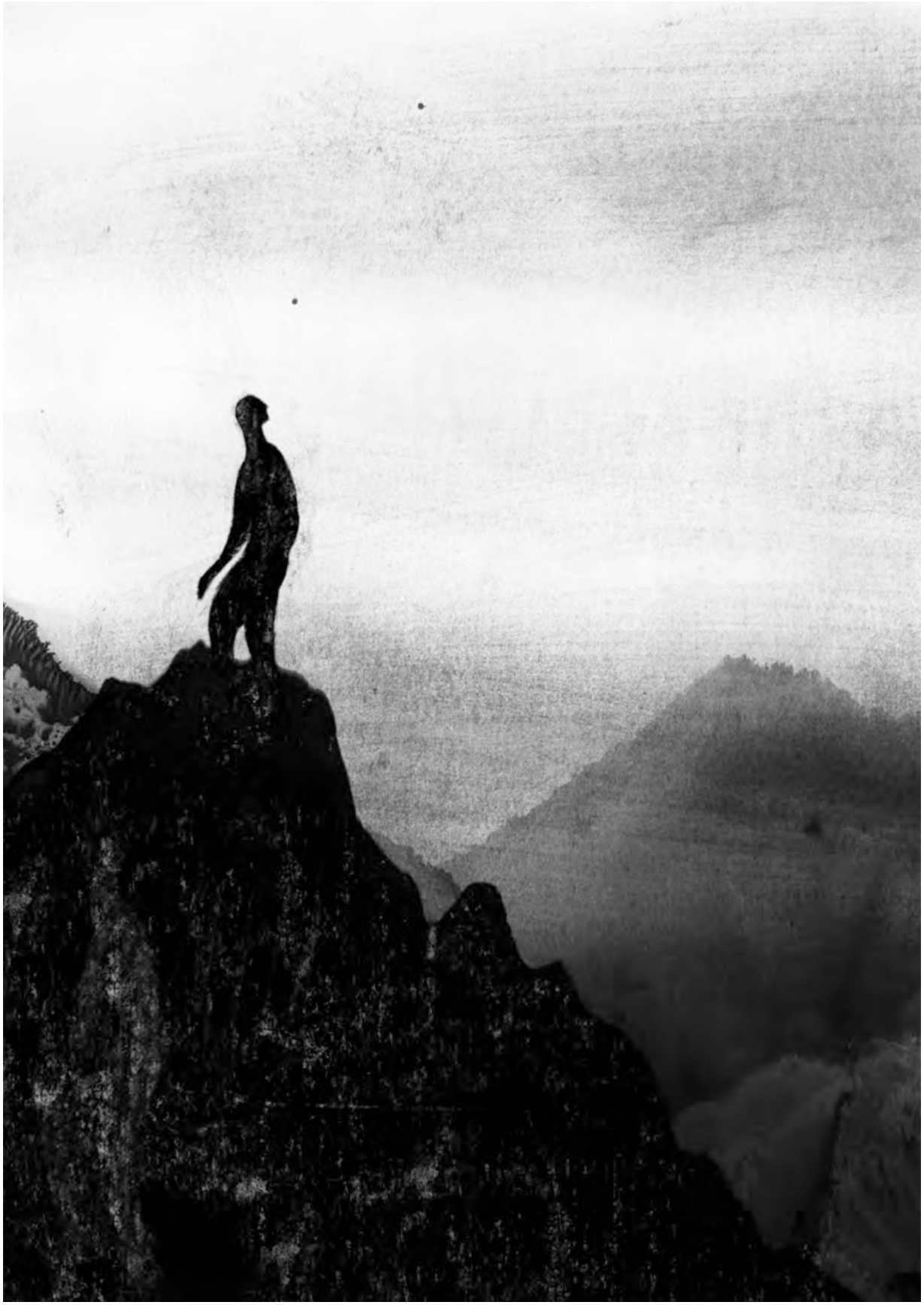
Se volvió de nuevo hacia la pared montañosa, bajo cuyas pendientes le había sorprendido el día.

Luego se puso a escalar con mucho cuidado.

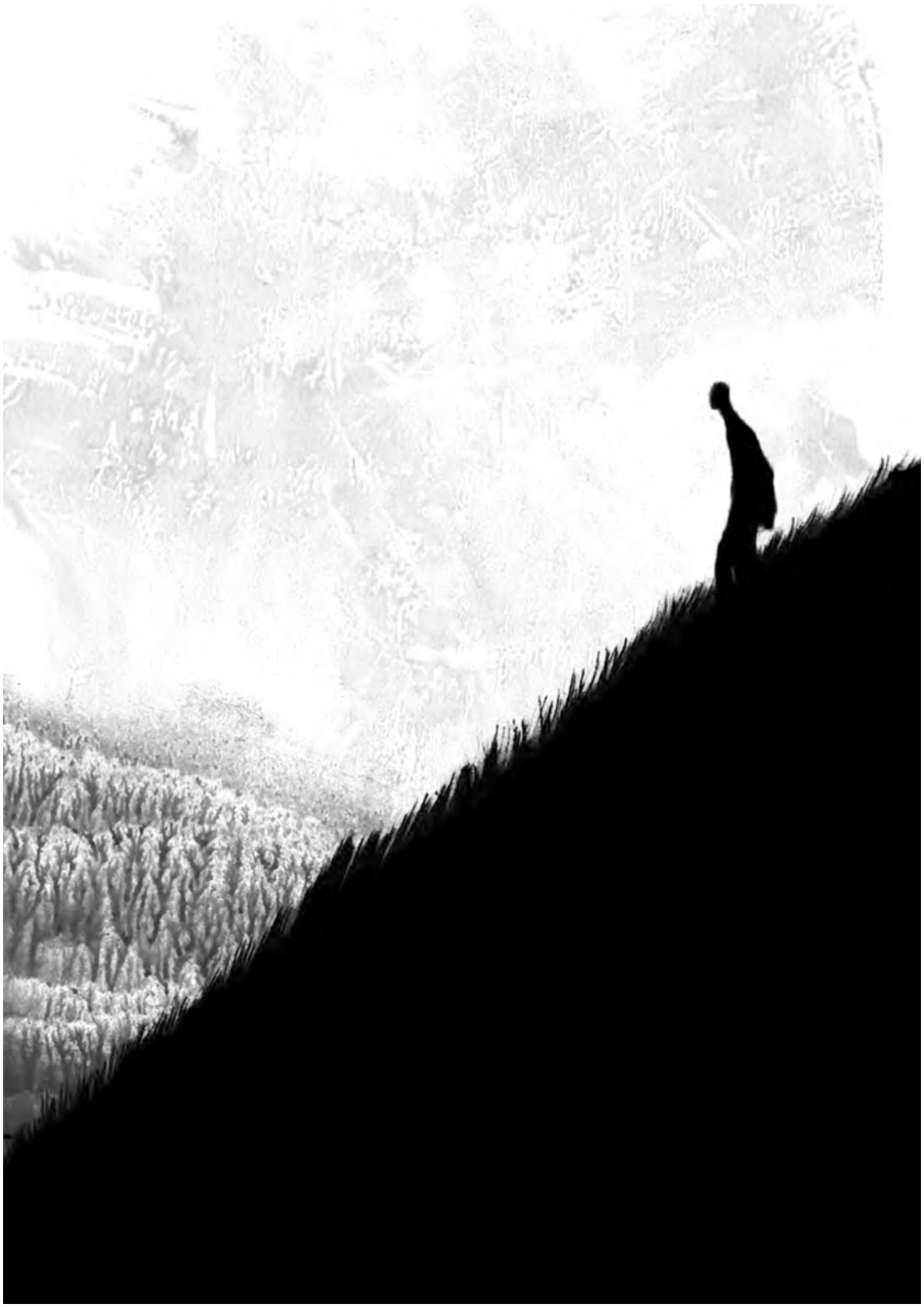
La puesta de sol no lo sorprendió escalando, sino lejos y en lo alto. Había estado más arriba, pero aún así seguía estando muy alto. Tenía la ropa desgarrada, los miembros ensangrentados y el cuerpo cubierto de moretones, pero estaba tumbado a sus anchas y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

Desde su lugar de reposo parecía que el valle se hallara en un pozo y casi dos kilómetros por debajo. Empezaba a oscurecer por la neblina y las sombras, aunque las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego. Las cumbres montañosas que le rodeaban estaban hechas de luz y fuego, y los pequeños detalles de las rocas cercanas estaban revestidos de una sutil belleza —una veta de mineral verde perforando el gris, el destello de las caras del cristal aquí y allá, un liquen naranja delicadamente bello justo encima de su rostro—. Había sombras profundas y misteriosas en la garganta, de un azul que se oscurecía hasta tornarse morado, y el morado en oscuridad luminosa, y sobre su cabeza la ilimitada inmensidad del cielo. Pero ya no prestaba atención a aquello, sino que siguió allí tumbado, bastante inactivo, sonriendo como si estuviera satisfecho sólo por haber escapado del valle de los ciegos donde había pensado ser el rey.

El resplandor del atardecer se extinguió y llegó la noche, y él continuaba plácidamente tumbado y feliz bajo las frías estrellas luminosas.



The country of the blind



Three hundred miles and more from Chimborazo, one hundred from the snows of Cotopaxi, in the wildest wastes of Ecuador's Andes, there lies that mysterious mountain valley, cut off from the world of men, the Country of the Blind. Long years ago that valley lay so far open to the world that men might come at last through frightful gorges and over an icy pass into its equable meadows; and thither indeed men came, a family or so of Peruvian half-breeds fleeing from the lust and tyranny of an evil Spanish ruler. Then came the stupendous outbreak of Mindobamba, when it was night in Quito for seventeen days, and the water was boiling at Yaguachi and all the fish floating dying even as far as Guayaquil; everywhere along the Pacific slopes there were land-slips and swift thawings and sudden floods, and one whole side of the old Arauca crest slipped and came down in thunder, and cut off the Country of the Blind for ever from the exploring feet of men. But one of these early settlers had chanced to be on the hither side of the gorges when the world had so terribly shaken itself, and he perforce had to forget his wife and his child and all the friends and possessions he had left up there, and start life over again in the lower world. He started it again but ill, blindness overtook him, and he died of punishment in the mines; but the story he told begot a legend that lingers along the length of the Cordilleras of the Andes to this day.

He told of his reason for venturing back from that fastness, into which he had first been carried lashed to a llama, beside a vast bale of gear, when he was a child. The valley, he said, had in it all that the heart of man could desire — sweet water, pasture, and even climate, slopes of rich brown soil with tangles of a shrub that bore an excellent fruit, and on one side great hanging forests of pine that held the avalanches high. Far overhead, on three sides, vast cliffs of grey-green rock were capped by cliffs of ice; but the glacier stream came not to them but flowed away by the farther slopes, and only now and then huge ice masses fell on the valley side. In this valley it neither rained nor snowed, but the abundant springs gave a rich green pasture, that irrigation would spread over all the valley space. The settlers

did well indeed there. Their beasts did well and multiplied, and but one thing marred their happiness. Yet it was enough to mar it greatly. A strange disease had come upon them, and had made all the children born to them there — and indeed, several older children also — blind. It was to seek some charm or antidote against this plague of blindness that he had with fatigue and danger and difficulty returned down the gorge. In those days, in such cases, men did not think of germs and infections but of sins; and it seemed to him that the reason of this affliction must lie in the negligence of these priestless immigrants to set up a shrine so soon as they entered the valley. He wanted a shrine — a handsome, cheap, effectual shrine — to be erected in the valley; he wanted relics and such-like potent things of faith, blessed objects and mysterious medals and prayers. In his wallet he had a bar of native silver for which he would not account; he insisted there was none in the valley with something of the insistence of an inexpert liar. They had all clubbed their money and ornaments together, having little need for such treasure up there, he said, to buy them holy help against their ill. I figure this dim-eyed young mountaineer, sunburnt, gaunt, and anxious, hat-brim clutched feverishly, a man all unused to the ways of the lower world, telling this story to some keen-eyed, attentive priest before the great convulsion; I can picture him presently seeking to return with pious and infallible remedies against that trouble, and the infinite dismay with which he must have faced the tumbled vastness where the gorge had once come out. But the rest of his story of mischances is lost to me, save that I know of his evil death after several years. Poor stray from that remoteness! The stream that had once made the gorge now bursts from the mouth of a rocky cave, and the legend his poor, ill-told story set going developed into the legend of a race of blind men somewhere “over there” one may still hear today.

And amidst the little population of that now isolated and forgotten valley the disease ran its course. The old became groping and purblind, the young saw but dimly, and the children that were born to them saw never at all. But life was very easy in that snow-rimmed basin, lost to all the world, with neither thorns nor briars, with no evil insects nor any beasts save the gentle breed of llamas they had lugged and thrust and followed up the beds

of the shrunken rivers in the gorges up which they had come. The seeing had become purblind so gradually that they scarcely noted their loss. They guided the sightless youngsters hither and thither until they knew the whole Valley marvellously, and when at last sight died out among them the race lived on. They had even time to adapt themselves to the blind control of fire, which they made carefully in stoves of stone. They were a simple strain of people at the first, unlettered, only slightly touched with the Spanish civilisation, but with something of a tradition of the arts of old Peru and of its lost philosophy. Generation followed generation. They forgot many things; they devised many things. Their tradition of the greater world they came from became mythical in colour and uncertain. In all things save sight they were strong and able, and presently the chance of birth and heredity sent one who had an original mind and who could talk and persuade among them, and then afterwards another. These two passed, leaving their effects, and the little community grew in numbers and in understanding, and met and settled social and economic problems that arose. Generation followed generation. Generation followed generation. There came a time when a child was born who was fifteen generations from that ancestor who went out of the valley with a bar of silver to seek God's aid, and who never returned. Thereabouts it chanced that a man came into this community from the outer world. And this is the story of that man.

He was a mountaineer from the country near Quito, a man who had been down to the sea and had seen the world, a reader of books in an original way, an acute and enterprising man, and he was taken on by a party of Englishmen who had come out to Ecuador to climb mountains, to replace one of their three Swiss guides who had fallen ill. He climbed here and he climbed there, and then came the attempt on Parascotopetl, the Matterhorn of the Andes, in which he was lost to the outer world. The story of the accident has been written a dozen times. Pointer's narrative is the best. He tells how the little party worked their difficult and almost vertical way up to the very foot of the last and greatest precipice, and how they built a night shelter amidst the snow upon a little shelf of rock, and, with a touch of real dramatic power, how presently they found Nunez had gone from them.

They shouted, and there was no reply; shouted and whistled, and for the rest of that night they slept no more.

As the morning broke they saw the traces of his fall. It seems impossible he could have uttered a sound. He had slipped eastward towards the unknown side of the mountain; far below he had struck a steep slope of snow, and ploughed his way down it in the midst of a snow avalanche. His track went straight to the edge of a frightful precipice, and beyond that everything was hidden. Far, far below, and hazy with distance, they could see trees rising out of a narrow, shut-in valley — the lost Country of the Blind. But they did not know it was the lost Country of the Blind, nor distinguish it in any way from any other narrow streak of upland valley. Unnerved by this disaster, they abandoned their attempt in the afternoon, and Pointer was called away to the war before he could make another attack. To this day Parascotopetl lifts an unconquered crest, and Pointer's shelter crumbles unvisited amidst the snows.

And the man who fell survived.

At the end of the slope he fell a thousand feet, and came down in the midst of a cloud of snow upon a snow slope even steeper than the one above. Down this he was whirled, stunned and insensible, but without a bone broken in his body; and then at last came to gentler slopes, and at last rolled out and lay still, buried amidst a softening heap of the white masses that had accompanied and saved him. He came to himself with a dim fancy that he was ill in bed; then realised his position with a mountaineer's intelligence, and worked himself loose and, after a rest or so, out until he saw the stars. He rested flat upon his chest for a space, wondering where he was and what had happened to him. He explored his limbs, and discovered that several of his buttons were gone and his coat turned over his head. His knife had gone from his pocket and his hat was lost, though he had tied it under his chin. He recalled that he had been looking for loose stones to raise his piece of the shelter wall. His ice-axe had disappeared.

He decided he must have fallen, and looked up to see, exaggerated by the ghastly light of the rising moon, the tremendous flight he had taken. For a while he lay, gazing blankly at that vast pale cliff towering above, rising moment by moment out of a subsiding tide of darkness. Its phantasmal,

mysterious beauty held him for a space, and then he was seized with a paroxysm of sobbing laughter … .

After a great interval of time he became aware that he was near the lower edge of the snow. Below, down what was now a moonlit and practicable slope, he saw the dark and broken appearance of rock-strewn turf. He struggled to his feet, aching in every joint and limb, got down painfully from the heaped loose snow about him, went downward until he was on the turf, and there dropped rather than lay beside a boulder, drank deep from the flask in his inner pocket, and instantly fell asleep … .

He was awakened by the singing of birds in the trees far below.

He sat up and perceived he was on a little alp at the foot of a vast precipice, that was grooved by the gully down which he and his snow had come. Over against him another wall of rock reared itself against the sky. The gorge between these precipices ran east and west and was full of the morning sunlight, which lit to the westward the mass of fallen mountain that closed the descending gorge. Below him it seemed there was a precipice equally steep, but behind the snow in the gully he found a sort of chimney-cleft dripping with snow-water down which a desperate man might venture. He found it easier than it seemed, and came at last to another desolate alp, and then after a rock climb of no particular difficulty to a steep slope of trees. He took his bearings and turned his face up the gorge, for he saw it opened out above upon green meadows, among which he now glimpsed quite distinctly a cluster of stone huts of unfamiliar fashion. At times his progress was like clambering along the face of a wall, and after a time the rising sun ceased to strike along the gorge, the voices of the singing birds died away, and the air grew cold and dark about him. But the distant valley with its houses was all the brighter for that. He came presently to talus, and among the rocks he noted — for he was an observant man — an unfamiliar fern that seemed to clutch out of the crevices with intense green hands. He picked a frond or so and gnawed its stalk and found it helpful.

About midday he came at last out of the throat of the gorge into the plain and the sunlight. He was stiff and weary; he sat down in the shadow of

a rock, filled up his flask with water from a spring and drank it down, and remained for a time resting before he went on to the houses.

They were very strange to his eyes, and indeed the whole aspect of that valley became, as he regarded it, queerer and more unfamiliar. The greater part of its surface was lush green meadow, starred with many beautiful flowers, irrigated with extraordinary care, and bearing evidence of systematic cropping piece by piece. High up and ringing the valley about was a wall, and what appeared to be a circumferential water-channel, from which the little trickles of water that fed the meadow plants came, and on the higher slopes above this flocks of llamas cropped the scanty herbage. Sheds, apparently shelters or feeding-places for the llamas, stood against the boundary wall here and there. The irrigation streams ran together into a main channel down the centre of the valley, and this was enclosed on either side by a wall breast high. This gave a singularly urban quality to this secluded place, a quality that was greatly enhanced by the fact that a number of paths paved with black and white stones, and each with a curious little kerb at the side, ran hither and thither in an orderly manner. The houses of the central village were quite unlike the casual and higgledy-piggledy agglomeration of the mountain villages he knew; they stood in a continuous row on either side of a central street of astonishing cleanness; here and there their particoloured facade was pierced by a door, and not a solitary window broke their even frontage. They were particoloured with extraordinary irregularity, smeared with a sort of plaster that was sometimes grey, sometimes drab, sometimes slate-coloured or dark brown; and it was the sight of this wild plastering first brought the word “blind” into the thoughts of the explorer. “The good man who did that,” he thought, “must have been as blind as a bat.”

He descended a steep place, and so came to the wall and channel that ran about the valley, near where the latter spouted out its surplus contents into the deeps of the gorge in a thin and wavering thread of cascade. He could now see a number of men and women resting on piled heaps of grass, as if taking a siesta, in the remoter part of the meadow, and nearer the village a number of recumbent children, and then nearer at hand three men carrying pails on yokes along a little path that ran from the encircling wall

towards the houses. These latter were clad in garments of llama cloth and boots and belts of leather, and they wore caps of cloth with back and ear flaps. They followed one another in single file, walking slowly and yawning as they walked, like men who have been up all night. There was something so reassuringly prosperous and respectable in their bearing that after a moment's hesitation Nunez stood forward as conspicuously as possible upon his rock, and gave vent to a mighty shout that echoed round the valley.

The three men stopped, and moved their heads as though they were looking about them. They turned their faces this way and that, and Nunez gesticulated with freedom. But they did not appear to see him for all his gestures, and after a time, directing themselves towards the mountains far away to the right, they shouted as if in answer. Nunez bawled again, and then once more, and as he gestured ineffectually the word "blind" came up to the top of his thoughts. "The fools must be blind," he said.

When at last, after much shouting and wrath, Nunez crossed the stream by a little bridge, came through a gate in the wall, and approached them, he was sure that they were blind. He was sure that this was the Country of the Blind of which the legends told. Conviction had sprung upon him, and a sense of great and rather enviable adventure. The three stood side by side, not looking at him, but with their ears directed towards him, judging him by his unfamiliar steps. They stood close together like men a little afraid, and he could see their eyelids closed and sunken, as though the very balls beneath had shrunk away. There was an expression near awe on their faces.

"A man," one said, in hardly recognisable Spanish —"a man it is — a man or a spirit — coming down from the rocks."

But Nunez advanced with the confident steps of a youth who enters upon life. All the old stories of the lost valley and the Country of the Blind had come back to his mind, and through his thoughts ran this old proverb, as if it were a refrain —

"In the Country of the Blind the One-eyed Man is King."

"In the Country of the Blind the One-eyed Man is King."

And very civilly he gave them greeting. He talked to them and used his eyes.

"Where does he come from, brother Pedro?" asked one.

“Down out of the rocks.”

“Over the mountains I come,” said Nunez, “out of the country beyond there — where men can see. From near Bogota, where there are a hundred thousands of people, and where the city passes out of sight.”

“Sight?” muttered Pedro. “Sight?”

“He comes,” said the second blind man, “out of the rocks.”

The cloth of their coats Nunez saw was curiously fashioned, each with a different sort of stitching.

They startled him by a simultaneous movement towards him, each with a hand outstretched. He stepped back from the advance of these spread fingers.

“Come hither,” said the third blind man, following his motion and clutching him neatly.

And they held Nunez and felt him over, saying no word further until they had done so.

“Carefully,” he cried, with a finger in his eye, and found they thought that organ, with its fluttering lids, a queer thing in him. They went over it again.

“A strange creature, Correa,” said the one called Pedro. “Feel the coarseness of his hair. Like a llama’s hair.”

“Rough he is as the rocks that begot him,” said Correa, investigating Nunez’s unshaven chin with a soft and slightly moist hand. “Perhaps he will grow finer.” Nunez struggled a little under their examination, but they gripped him firm.

“Carefully,” he said again.

“He speaks,” said the third man. “Certainly he is a man.”

“Ugh!” said Pedro, at the roughness of his coat.

“And you have come into the world?” asked Pedro.

“Out of the world. Over mountains and glaciers; right over above there, half-way to the sun. Out of the great big world that goes down, twelve days’ journey to the sea.”

They scarcely seemed to heed him. “Our fathers have told us men may be made by the forces of Nature,” said Correa. “It is the warmth of things and moisture, and rottenness — rottenness.”

“Let us lead him to the elders,” said Pedro.

“Shout first,” said Correa, “lest the children be afraid… This is a marvellous occasion.”

So they shouted, and Pedro went first and took Nunez by the hand to lead him to the houses.

He drew his hand away. “I can see,” he said.

“See?” said Correa.

“Yes, see,” said Nunez, turning towards him, and stumbled against Pedro’s pail.

“His senses are still imperfect,” said the third blind man. “He stumbles, and talks unmeaning words. Lead him by the hand.”

“As you will,” said Nunez, and was led along, laughing.

It seemed they knew nothing of sight.

Well, all in good time he would teach them.

He heard people shouting, and saw a number of figures gathering together in the middle roadway of the village.

He found it tax his nerve and patience more than he had anticipated, that first encounter with the population of the Country of the Blind. The place seemed larger as he drew near to it, and the smeared plasterings queerer, and a crowd of children and men and women (the women and girls, he was pleased to note, had some of them quite sweet faces, for all that their eyes were shut and sunken) came about him, holding on to him, touching him with soft, sensitive hands, smelling at him, and listening at every word he spoke. Some of the maidens and children, however, kept aloof as if afraid, and indeed his voice seemed coarse and rude beside their softer notes. They mobbed him. His three guides kept close to him with an effect of proprietorship, and said again and again, “A wild man out of the rock.”

“Bogota,” he said. “Bogota. Over the mountain crests.”

“A wild man — using wild words,” said Pedro. “Did you hear that — Bogota? His mind is hardly formed yet. He has only the beginnings of speech.”

A little boy nipped his hand. “Bogota!” he said mockingly.

“Ay! A city to your village. I come from the great world — where men have eyes and see.”

“His name’s Bogota,” they said.

“He stumbled,” said Correa, “stumbled twice as we came hither.”

“Bring him to the elders.”

And they thrust him suddenly through a doorway into a room as black as pitch, save at the end there faintly glowed a fire. The crowd closed in behind him and shut out all but the faintest glimmer of day, and before he could arrest himself he had fallen headlong over the feet of a seated man. His arm, outflung, struck the face of someone else as he went down; he felt the soft impact of features and heard a cry of anger, and for a moment he struggled against a number of hands that clutched him. It was a one-sided fight. An inkling of the situation came to him, and he lay quiet.

“I fell down,” he said; “I couldn’t see in this pitchy darkness.”

There was a pause as if the unseen persons about him tried to understand his words. Then the voice of Correa said: “He is but newly formed. He stumbles as he walks and mingles words that mean nothing with his speech.”

Others also said things about him that he heard or understood imperfectly.

“May I sit up?” he asked, in a pause. “I will not struggle against you again.”

They consulted and let him rise.

The voice of an older man began to question him, and Nunez found himself trying to explain the great world out of which he had fallen, and the sky and mountains and sight and such-like marvels, to these elders who sat in darkness in the Country of the Blind. And they would believe and understand nothing whatever he told them, a thing quite outside his expectation. They would not even understand many of his words. For fourteen generations these people had been blind and cut off from all the seeing world; the names for all the things of sight had faded and changed; the story of the outer world was faded and changed to a child’s story; and they had ceased to concern themselves with anything beyond the rocky slopes above their circling wall. Blind men of genius had arisen among them and questioned the shreds of belief and tradition they had brought with them from their seeing days, and had dismissed all these things as idle

fancies, and replaced them with new and saner explanations. Much of their imagination had shrivelled with their eyes, and they had made for themselves new imaginations with their ever more sensitive ears and finger-tips. Slowly Nunez realised this; that his expectation of wonder and reverence at his origin and his gifts was not to be borne out; and after his poor attempt to explain sight to them had been set aside as the confused version of a new-made being describing the marvels of his incoherent sensations, he subsided, a little dashed, into listening to their instruction. And the eldest of the blind men explained to him life and philosophy and religion, how that the world (meaning their valley) had been first an empty hollow in the rocks, and then had come, first, inanimate things without the gift of touch, and llamas and a few other creatures that had little sense, and then men, and at last angels, whom one could hear singing and making fluttering sounds, but whom no one could touch at all, which puzzled Nunez greatly until he thought of the birds.

He went on to tell Nunez how this time had been divided into the warm and the cold, which are the blind equivalents of day and night, and how it was good to sleep in the warm and work during the cold, so that now, but for his advent, the whole town of the blind would have been asleep. He said Nunez must have been specially created to learn and serve the wisdom, they had acquired, and that for all his mental incoherency and stumbling behaviour he must have courage, and do his best to learn, and at that all the people in the doorway murmured encouragingly. He said the night — for the blind call their day night — was now far gone, and it behoved every one to go back to sleep. He asked Nunez if he knew how to sleep, and Nunez said he did, but that before sleep he wanted food.

They brought him food — llama’s milk in a bowl, and rough salted bread — and led him into a lonely place, to eat out of their hearing, and afterwards to slumber until the chill of the mountain evening roused them to begin their day again. But Nunez slumbered not at all.

Instead, he sat up in the place where they had left him, resting his limbs and turning the unanticipated circumstances of his arrival over and over in his mind.

Every now and then he laughed, sometimes with amusement, and sometimes with indignation.

“Unformed mind!” he said. “Got no senses yet! They little know they’ve been insulting their heaven-sent king and master. I see I must bring them to reason. Let me think — let me think.”

He was still thinking when the sun set.

Nunez had an eye for all beautiful things, and it seemed to him that the glow upon the snowfields and glaciers that rose about the valley on every side was the most beautiful thing he had ever seen. His eyes went from that inaccessible glory to the village and irrigated fields, fast sinking into the twilight, and suddenly a wave of emotion took him, and he thanked God from the bottom of his heart that the power of sight had been given him.

He heard a voice calling to him from out of the village. “Ya ho there, Bogota! Come hither!”

At that he stood up smiling. He would show these people once and for all what sight would do for a man. They would seek him, but not find him.

“You move not, Bogota,” said the voice.

He laughed noiselessly, and made two stealthy steps aside from the path.

“Trample not on the grass, Bogota; that is not allowed.”

Nunez had scarcely heard the sound he made himself. He stopped amazed.

The owner of the voice came running up the piebald path towards him.

He stepped back into the pathway. “Here I am,” he said.

“Why did you not come when I called you?” said the blind man. “Must you be led like a child? Cannot you hear the path as you walk?”

Nunez laughed. “I can see it,” he said.

“There is no such word as see,” said the blind man, after a pause. “Cease this folly, and follow the sound of my feet.”

Nunez followed, a little annoyed.

“My time will come,” he said.

“You’ll learn,” the blind man answered. “There is much to learn in the world.”

“Has no one told you, ‘In the Country of the Blind the One-eyed Man is King’?”

“What is blind?” asked the blind man carelessly over his shoulder.

Four days passed, and the fifth found the King of the Blind still incognito, as a clumsy and useless stranger among his subjects.

It was, he found, much more difficult to proclaim himself than he had supposed, and in the meantime, while he meditated his *coup d’état*, he did what he was told and learnt the manners and customs of the Country of the Blind. He found working and going about at night a particularly irksome thing, and he decided that that should be the first thing he would change.

They led a simple, laborious life, these people, with all the elements of virtue and happiness, as these things can be understood by men. They toiled, but not oppressively; they had food and clothing sufficient for their needs; they had days and seasons of rest; they made much of music and singing, and there was love among them, and little children.

It was marvellous with what confidence and precision they went about their ordered world. Everything, you see, had been made to fit their needs; each of the radiating paths of the valley area had a constant angle to the others, and was distinguished by a special notch upon its kerbing; all obstacles and irregularities of path or meadow had long since been cleared away; all their methods and procedure arose naturally from their special needs. Their senses had become marvellously acute; they could hear and judge the slightest gesture of a man a dozen paces away — could hear the very beating of his heart. Intonation had long replaced expression with them, and touches gesture, and their work with hoe and spade and fork was as free and confident as garden work can be. Their sense of smell was extraordinarily fine; they could distinguish individual differences as readily as a dog can, and they went about the tending of the llamas, who lived among the rocks above and came to the wall for food and shelter, with ease and confidence. It was only when at last Nunez sought to assert himself that he found how easy and confident their movements could be.

He rebelled only after he had tried persuasion.

He tried at first on several occasions to tell them of sight. “Look you here, you people,” he said. “There are things you do not understand in me.”

Once or twice one or two of them attended to him; they sat with faces downcast and ears turned intelligently towards him, and he did his best to tell them what it was to see. Among his hearers was a girl, with eyelids less red and sunken than the others, so that one could almost fancy she was hiding eyes, whom especially he hoped to persuade. He spoke of the beauties of sight, of watching the mountains, of the sky and the sunrise, and they heard him with amused incredulity that presently became condemnatory. They told him there were indeed no mountains at all, but that the end of the rocks where the llamas grazed was indeed the end of the world; thence sprang a cavernous roof of the universe, from which the dew and the avalanches fell; and when he maintained stoutly the world had neither end nor roof such as they supposed, they said his thoughts were wicked. So far as he could describe sky and clouds and stars to them it seemed to them a hideous void, a terrible blankness in the place of the smooth roof to things in which they believed — it was an article of faith with them that the cavern roof was exquisitely smooth to the touch. He saw that in some manner he shocked them, and gave up that aspect of the matter altogether, and tried to show them the practical value of sight. One morning he saw Pedro in the path called Seventeen and coming towards the central houses, but still too far off for hearing or scent, and he told them as much. “In a little while,” he prophesied, “Pedro will be here.” An old man remarked that Pedro had no business on path Seventeen, and then, as if in confirmation, that individual as he drew near turned and went transversely into path Ten, and so back with nimble paces towards the outer wall. They mocked Nunez when Pedro did not arrive, and afterwards, when he asked Pedro questions to clear his character, Pedro denied and outfaced him, and was afterwards hostile to him.

Then he induced them to let him go a long way up the sloping meadows towards the wall with one complacent individual, and to him he promised to describe all that happened among the houses. He noted certain goings and comings, but the things that really seemed to signify to these people happened inside of or behind the windowless houses — the only things they took note of to test him by — and of these he could see or tell nothing; and it was after the failure of this attempt, and the ridicule they could not

repress, that he resorted to force. He thought of seizing a spade and suddenly smiting one or two of them to earth, and so in fair combat showing the advantage of eyes. He went so far with that resolution as to seize his spade, and then he discovered a new thing about himself, and that was that it was impossible for him to hit a blind man in cold blood.

He hesitated, and found them all aware that he had snatched up the spade. They stood alert, with their heads on one side, and bent ears towards him for what he would do next.

“Put that spade down,” said one, and he felt a sort of helpless horror. He came near obedience.

Then he thrust one backwards against a house wall, and fled past him and out of the village.

He went athwart one of their meadows, leaving a track of trampled grass behind his feet, and presently sat down by the side of one of their ways. He felt something of the buoyancy that comes to all men in the beginning of a fight, but more perplexity. He began to realise that you cannot even fight happily with creatures who stand upon a different mental basis to yourself. Far away he saw a number of men carrying spades and sticks come out of the street of houses, and advance in a spreading line along the several paths towards him. They advanced slowly, speaking frequently to one another, and ever and again the whole cordon would halt and sniff the air and listen.

The first time they did this Nunez laughed. But afterwards he did not laugh.

One struck his trail in the meadow grass, and came stooping and feeling his way along it.

For five minutes he watched the slow extension of the cordon, and then his vague disposition to do something forthwith became frantic. He stood up, went a pace or so towards the circumferential wall, turned, and went back a little way. There they all stood in a crescent, still and listening.

He also stood still, gripping his spade very tightly in both hands. Should he charge them?

The pulse in his ears ran into the rhythm of “In the Country of the Blind the One-eyed Man is King!”

Should he charge them?

He looked back at the high and unclimbable wall behind — unclimbable because of its smooth plastering, but withal pierced with many little doors, and at the approaching line of seekers. Behind these others were now coming out of the street of houses.

Should he charge them?

“Bogota!” called one. “Bogota! where are you?”

He gripped his spade still tighter, and advanced down the meadows towards the place of habitations, and directly he moved they converged upon him. “I’ll hit them if they touch me,” he swore; “by Heaven, I will. I’ll hit.” He called aloud, “Look here, I’m going to do what I like in this valley. Do you hear? I’m going to do what I like and go where I like!”

They were moving in upon him quickly, groping, yet moving rapidly. It was like playing blind man’s buff, with everyone blindfolded except one. “Get hold of him!” cried one. He found himself in the arc of a loose curve of pursuers. He felt suddenly he must be active and resolute.

“You don’t understand,” he cried in a voice that was meant to be great and resolute, and which broke. “You are blind, and I can see. Leave me alone!”

“Bogota! Put down that spade, and come off the grass!”

The last order, grotesque in its urban familiarity, produced a gust of anger.

“I’ll hurt you,” he said, sobbing with emotion. “By Heaven, I’ll hurt you. Leave me alone!”

He began to run, not knowing clearly where to run. He ran from the nearest blind man, because it was a horror to hit him. He stopped, and then made a dash to escape from their closing ranks. He made for where a gap was wide, and the men on either side, with a quick perception of the approach of his paces, rushed in on one another. He sprang forward, and then saw he must be caught, and swish! the spade had struck. He felt the soft thud of hand and arm, and the man was down with a yell of pain, and he was through.

Through! And then he was close to the street of houses again, and blind men, whirling spades and stakes, were running with a sort of reasoned

swiftness hither and thither.

He heard steps behind him just in time, and found a tall man rushing forward and swiping at the sound of him. He lost his nerve, hurled his spade a yard wide at his antagonist, and whirled about and fled, fairly yelling as he dodged another.

He was panic-stricken. He ran furiously to and fro, dodging when there was no need to dodge, and in his anxiety to see on every side of him at once, stumbling. For a moment he was down and they heard his fall. Far away in the circumferential wall a little doorway looked like heaven, and he set off in a wild rush for it. He did not even look round at his pursuers until it was gained, and he had stumbled across the bridge, clambered a little way among the rocks, to the surprise and dismay of a young llama, who went leaping out of sight, and lay down sobbing for breath.

And so his *coup d'état* came to an end.

He stayed outside the wall of the valley of the Blind for two nights and days without food or shelter, and meditated upon the unexpected. During these meditations he repeated very frequently and always with a profounder note of derision the exploded proverb: "In the Country of the Blind the One–Eyed Man is King." He thought chiefly of ways of fighting and conquering these people, and it grew clear that for him no practicable way was possible. He had no weapons, and now it would be hard to get one.

The canker of civilisation had got to him even in Bogota, and he could not find it in himself to go down and assassinate a blind man. Of course, if he did that, he might then dictate terms on the threat of assassinating them all. But — sooner or later he must sleep! … .

He tried also to find food among the pine trees, to be comfortable under pine boughs while the frost fell at night, and — with less confidence — to catch a llama by artifice in order to try to kill it — perhaps by hammering it with a stone — and so finally, perhaps, to eat some of it. But the llamas had a doubt of him and regarded him with distrustful brown eyes, and spat when he drew near. Fear came on him the second day and fits of shivering. Finally he crawled down to the wall of the Country of the Blind and tried to make terms. He crawled along by the stream, shouting, until two blind men came out to the gate and talked to him.

“I was mad,” he said. “But I was only newly made.”

They said that was better.

He told them he was wiser now, and repented of all he had done.

Then he wept without intention, for he was very weak and ill now, and they took that as a favourable sign.

They asked him if he still thought he could “see”

“No,” he said. “That was folly. The word means nothing — less than nothing!”

They asked him what was overhead.

“About ten times ten the height of a man there is a roof above the world — of rock — and very, very smooth.” … . He burst again into hysterical tears. “Before you ask me any more, give me some food or I shall die.”

He expected dire punishments, but these blind people were capable of toleration. They regarded his rebellion as but one more proof of his general idiocy and inferiority; and after they had whipped him they appointed him to do the simplest and heaviest work they had for anyone to do, and he, seeing no other way of living, did submissively what he was told.

He was ill for some days, and they nursed him kindly. That refined his submission. But they insisted on his lying in the dark, and that was a great misery. And blind philosophers came and talked to him of the wicked levity of his mind, and reproved him so impressively for his doubts about the lid of rock that covered their cosmic casserole that he almost doubted whether indeed he was not the victim of hallucination in not seeing it overhead.

So Nunez became a citizen of the Country of the Blind, and these people ceased to be a generalised people and became individualities and familiar to him, while the world beyond the mountains became more and more remote and unreal. There was Yacob, his master, a kindly man when not annoyed; there was Pedro, Yacob’s nephew; and there was Medina-saroté, who was the youngest daughter of Yacob. She was little esteemed in the world of the blind, because she had a clear-cut face, and lacked that satisfying, glossy smoothness that is the blind man’s ideal of feminine beauty; but Nunez thought her beautiful at first, and presently the most beautiful thing in the whole creation. Her closed eyelids were not sunken and red after the common way of the valley, but lay as though they might

open again at any moment; and she had long eyelashes, which were considered a grave disfigurement. And her voice was strong, and did not satisfy the acute hearing of the valley swains. So that she had no lover.

There came a time when Nunez thought that, could he win her, he would be resigned to live in the valley for all the rest of his days.

He watched her; he sought opportunities of doing her little services, and presently he found that she observed him. Once at a rest-day gathering they sat side by side in the dim starlight, and the music was sweet. His hand came upon hers and he dared to clasp it. Then very tenderly she returned his pressure. And one day, as they were at their meal in the darkness, he felt her hand very softly seeking him, and as it chanced the fire leapt then and he saw the tenderness of her face.

He sought to speak to her.

He went to her one day when she was sitting in the summer moonlight spinning. The light made her a thing of silver and mystery. He sat down at her feet and told her he loved her, and told her how beautiful she seemed to him. He had a lover's voice, he spoke with a tender reverence that came near to awe, and she had never before been touched by adoration. She made him no definite answer, but it was clear his words pleased her.

After that he talked to her whenever he could take an opportunity. The valley became the world for him, and the world beyond the mountains where men lived in sunlight seemed no more than a fairy tale he would some day pour into her ears. Very tentatively and timidly he spoke to her of sight.

Sight seemed to her the most poetical of fancies, and she listened to his description of the stars and the mountains and her own sweet white-lit beauty as though it was a guilty indulgence. She did not believe, she could only half understand, but she was mysteriously delighted, and it seemed to him that she completely understood.

His love lost its awe and took courage. Presently he was for demanding her of Yacob and the elders in marriage, but she became fearful and delayed. And it was one of her elder sisters who first told Yacob that Medina-saroté and Nunez were in love.

There was from the first very great opposition to the marriage of Nunez and Medina-saroté; not so much because they valued her as because they held him as a being apart, an idiot, incompetent thing below the permissible level of a man. Her sisters opposed it bitterly as bringing discredit on them all; and old Yacob, though he had formed a sort of liking for his clumsy, obedient serf, shook his head and said the thing could not be. The young men were all angry at the idea of corrupting the race, and one went so far as to revile and strike Nunez. He struck back. Then for the first time he found an advantage in seeing, even by twilight, and after that fight was over no one was disposed to raise a hand against him. But they still found his marriage impossible.

Old Yacob had a tenderness for his last little daughter, and was grieved to have her weep upon his shoulder.

“You see, my dear, he’s an idiot. He has delusions; he can’t do anything right.”

“I know,” wept Medina-saroté. “But he’s better than he was. He’s getting better. And he’s strong, dear father, and kind — stronger and kinder than any I other man in the world. And he loves me — and, father, I love him.”

Old Yacob was greatly distressed to find her inconsolable, and, besides — what made it more distressing — he liked Nunez for many things. So he went and sat in the windowless council-chamber with the other elders and watched the trend of the talk, and said, at the proper time, “He’s better than he was. Very likely, some day, we shall find him as sane as ourselves.”

Then afterwards one of the elders, who thought deeply, had an idea. He was the great doctor among these people, their medicine-man, and he had a very philosophical and inventive mind, and the idea of curing Nunez of his peculiarities appealed to him. One day when Yacob was present he returned to the topic of Nunez.

“I have examined Bogota,” he said, “and the case is clearer to me. I think very probably he might be cured.”

“That is what I have always hoped,” said old Yacob.

“His brain is affected,” said the blind doctor.

The elders murmured assent.

“Now, what affects it?”

“Ah!” said old Yacob.

“This,” said the doctor, answering his own question. “Those queer things that are called the eyes, and which exist to make an agreeable soft depression in the face, are diseased, in the case of Bogota, in such a way as to affect his brain. They are greatly distended, he has eyelashes, and his eyelids move, and consequently his brain is in a state of constant irritation and distraction.”

“Yes?” said old Yacob. “Yes?”

“And I think I may say with reasonable certainty that, in order to cure him completely, all that we need do is a simple and easy surgical operation — namely, to remove these irritant bodies.”

“And then he will be sane?”

“Then he will be perfectly sane, and a quite admirable citizen.”

“Thank Heaven for science!” said old Yacob, and went forth at once to tell Nunez of his happy hopes.

But Nunez’s manner of receiving the good news struck him as being cold and disappointing.

“One might think,” he said, “from the tone you take, that you did not care for my daughter.”

It was Medina-saroté who persuaded Nunez to face the blind surgeons.

“You do not want me,” he said, “to lose my gift of sight?”

She shook her head.

“My world is sight.”

Her head drooped lower.

“There are the beautiful things, the beautiful little things — the flowers, the lichens among the rocks, the lightness and softness on a piece of fur, the far sky with its drifting down of clouds, the sunsets and the stars. And there is you. For you alone it is good to have sight, to see your sweet, serene face, your kindly lips, your dear, beautiful hands folded together … . It is these eyes of mine you won, these eyes that hold me to you, that these idiots seek. Instead, I must touch you, hear you, and never see you again. I must come under that roof of rock and stone and darkness, that horrible roof under which your imagination stoops … . No; you would not have me do that?”

A disagreeable doubt had arisen in him. He stopped, and left the thing a question.

“I wish,” she said, “sometimes —” She paused.

“Yes,” said he, a little apprehensively.

“I wish sometimes — you would not talk like that.”

“Like what?”

“I know it’s pretty — it’s your imagination. I love it, but now —”

He felt cold. “Now?” he said faintly.

She sat quite still.

“You mean — you think — I should be better, better perhaps —”

He was realising things very swiftly. He felt anger, indeed, anger at the dull course of fate, but also sympathy for her lack of understanding — a sympathy near akin to pity.

“Dear,” he said, and he could see by her whiteness how intensely her spirit pressed against the things she could not say. He put his arms about her, he kissed her ear, and they sat for a time in silence.

“If I were to consent to this?” he said at last, in a voice that was very gentle.

She flung her arms about him, weeping wildly. “Oh, if you would,” she sobbed, “if only you would!”

For a week before the operation that was to raise him from his servitude and inferiority to the level of a blind citizen, Nunez knew nothing of sleep, and all through the warm sunlit hours, while the others slumbered happily, he sat brooding or wandered aimlessly, trying to bring his mind to bear on his dilemma. He had given his answer, he had given his consent, and still he was not sure. And at last work-time was over, the sun rose in splendour over the golden crests, and his last day of vision began for him. He had a few minutes with Medina-saroté before she went apart to sleep.

“Tomorrow,” he said, “I shall see no more.”

“Dear heart!” she answered, and pressed his hands with all her strength.

“They will hurt you but little,” she said; “and you are going through this pain — you are going through it, dear lover, for me … . Dear, if a woman’s heart and life can do it, I will repay you. My dearest one, my dearest with the tender voice, I will repay.”

He was drenched in pity for himself and her.

He held her in his arms, and pressed his lips to hers, and looked on her sweet face for the last time. “Good-bye!” he whispered at that dear sight, “good-bye!”

And then in silence he turned away from her.

She could hear his slow retreating footsteps, and something in the rhythm of them threw her into a passion of weeping.

He had fully meant to go to a lonely place where the meadows were beautiful with white narcissus, and there remain until the hour of his sacrifice should come, but as he went he lifted up his eyes and saw the morning, the morning like an angel in golden armour, marching down the steeps … .

It seemed to him that before this splendour he, and this blind world in the valley, and his love, and all, were no more than a pit of sin.

He did not turn aside as he had meant to do, but went on, and passed through the wall of the circumference and out upon the rocks, and his eyes were always upon the sunlit ice and snow.

He saw their infinite beauty, and his imagination soared over them to the things beyond he was now to resign for ever.

He thought of that great free world he was parted from, the world that was his own, and he had a vision of those further slopes, distance beyond distance, with Bogota, a place of multitudinous stirring beauty, a glory by day, a luminous mystery by night, a place of palaces and fountains and statues and white houses, lying beautifully in the middle distance. He thought how for a day or so one might come down through passes, drawing ever nearer and nearer to its busy streets and ways. He thought of the river journey, day by day, from great Bogota to the still vaster world beyond, through towns and villages, forest and desert places, the rushing river day by day, until its banks receded and the big steamers came splashing by, and one had reached the sea — the limitless sea, with its thousand islands, its

thousands of islands, and its ships seen dimly far away in their incessant journeyings round and about that greater world. And there, unpent by mountains, one saw the sky — the sky, not such a disc as one saw it here, but an arch of immeasurable blue, a deep of deeps in which the circling stars were floating … .

His eyes scrutinised the great curtain of the mountains with a keener inquiry.

For example, if one went so, up that gully and to that chimney there, then one might come out high among those stunted pines that ran round in a sort of shelf and rose still higher and higher as it passed above the gorge. And then? That talus might be managed. Thence perhaps a climb might be found to take him up to the precipice that came below the snow; and if that chimney failed, then another farther to the east might serve his purpose better. And then? Then one would be out upon the amber-lit snow there, and half-way up to the crest of those beautiful desolations.

He glanced back at the village, then turned right round and regarded it steadfastly.

He thought of Medina-saroté, and she had become small and remote.

He turned again towards the mountain wall, down which the day had come to him.

Then very circumspectly he began to climb.

When sunset came he was no longer climbing, but he was far and high. He had been higher, but he was still very high. His clothes were torn, his limbs were blood-stained, he was bruised in many places, but he lay as if he were at his ease, and there was a smile on his face.

From where he rested the valley seemed as if it were in a pit and nearly a mile below. Already it was dim with haze and shadow, though the mountain summits around him were things of light and fire. The mountain summits around him were things of light and fire, and the little details of the rocks near at hand were drenched with subtle beauty — a vein of green mineral piercing the grey, the flash of crystal faces here and there, a minute, minutely-beautiful orange lichen close beside his face. There were deep mysterious shadows in the gorge, blue deepening into purple, and purple into a luminous darkness, and overhead was the illimitable vastness of the

sky. But he heeded these things no longer, but lay quite inactive there, smiling as if he were satisfied merely to have escaped from the valley of the Blind in which he had thought to be King.

The glow of the sunset passed, and the night came, and still he lay peacefully contented under the cold clear stars.

Un montañero llamado Núñez, en su intento por coronar el Parascotopetl, el Matterhorn de los Andes, resbala y cae por una ladera nevada. Al incorporarse comprueba aturdido que se encuentra en un valle aislado del resto del mundo por profundos precipicios, el País de los Ciegos. Los ancestros de sus habitantes huyeron de la represión española y una extraña enfermedad se propagó entre ellos, provocando que todos sus descendientes nacieran ciegos. Núñez cree que será fácil dominarlos, ya que según el refrán «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey»…

Publicado en 1904 en The Strand Mogazine, este relato es uno de los textos más brillantes sobre la ceguera como metáfora. Aborda temas como el conocimiento humano y la sociedad, y muestra de qué manera la comunidad somete al diferente a sus creencias, eliminándolo por ser distinto.

«Lamento haber descubierto a Wells a principios de nuestro siglo: me gustaría poder descubrirlo ahora para sentir aquela deslumbrante y, a veces, terrible feilicidad».

JORGE LUIS BORGES

H. G. WELLS (Bromley, 1866 - Londres, 1946). Herbert George Wells. Narrador y filósofo político de nacionalidad inglesa. Es especialmente reconocido por la novela científica, cuyo auge comenzó con el fin de la Segunda Guerra Mundial y se convirtió pronto en un género popular. Las novelas de Wells destacan por su interés científico así como por su sólida estructura estilística y su prodigio imaginativo. Algunas de sus obras más conocidas son: *La máquina del tiempo* (1895), *El hombre invisible* (1897) y *La isla del Dr. Moreau* (1896). Durante la última época de su vida, Wells asumió la tarea de defender en escritos y conferencias todo aquello que consideraba positivo para el progreso, así como criticar los grandes conflictos bélicos que asolaron Europa.

ELENA FERRÁNDIZ. Vivió su infancia en San Fernando, Cádiz, rodeada de lápices de colores. Estudió Bellas Artes en la Universidad de Sevilla y desde entonces ha trabajado como ilustradora para numerosas editoriales y publicaciones. Asimismo ha publicado varios libros ilustrados de los que es también autora. Libros llenos de metáforas y guiños visuales, en los que imagen y palabra se unen para dar salida a su particular universo.